

que puede para su bienestar físico inmediato y prometí regresar dentro de pocos días para hablar con ella otra vez. Un poco más tarde, mientras ella dormía, salí en puntillas.

Noche tras noche la imagen ansiosa de la señora Sachs se me aparecía. Di toda clase de disculpas a mí misma por no regresar. Estaba ocupada con otros pacientes; realmente no sabía qué decirle ni cómo convencerla de mi propia ignorancia; estaba impotente para impedir tales atrocidades monstruosas. El tiempo pasaba y yo no hacía nada.

Una noche tres meses después, sonó el teléfono y la voz agitada de Jake Sachs me suplicó a que fuera de inmediato; su esposa estaba enferma nuevamente y de la misma causa. Por un alucinante momento pensé en enviar a alguna otra persona, pero en realidad, desde luego, vestí apresuradamente mi uniforme, cogí mi maletín, y salí. Durante todo el trayecto estuve deseando un choque del tren subterráneo, una explosión, cualquier cosa para que no tuviera que entrar nuevamente en ese hogar. Pero no sucedió nada, ni siquiera para demorarme. Entré por la puerta oscura y subí una vez más la escalera ya tan familiar. Los niños estaban allí, *criaturitas indefensas*.

La señora Sachs estaba en estado de coma y murió a los diez minutos. Doblé sus manos inmóviles sobre su pecho, recordando cómo me había suplicado, pidiendo con tanta humildad los conocimientos a los que tenía derecho. Cubrí su pálido rostro con una sábana. Jake estaba sollozando, pasando sus manos por sus cabellos, y arrancándolos como un loco. Una y otra vez gemía, "¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!"

91

Control de natalidad y las iglesias cristianas

FLANN CAMPBELL

Population Studies, 14(2):131-147

1960

La actitud de las Iglesias Cristianas hacia las políticas y los movimientos demográficos constituye un tema de creciente importancia social y política en todo el mundo. La preocupación de las Iglesias por las ac-

tuales tendencias demográficas se halla demostrada por una serie de solemnes declaraciones provenientes de Roma, Lambeth, Ginebra, y otros centros desde los cuales se guía la fe cristiana; en tanto que científicos, eugenistas y expertos en planeación social —quienes en el pasado tal vez no hayan sentido generalmente la necesidad de intervenir en disputas doctrinales acerca de la naturaleza del sexo y el pecado— se encuentran comprometidos cada vez más en debates acerca de los principios del matrimonio y las prácticas de planeación familiar, que suscitan puntos de disputa tanto teológicos como sociológicos. En las conferencias internacionales sobre población ocurren conflictos de opinión frecuentes entre los delegados de diferentes persuasiones religiosas (o agnósticos), los cuales trascienden las fronteras nacionales y profesionales y tratan cuestiones que tal vez antiguamente se hubiesen considerado como fuera del alcance de la demografía. La labor de la Organización Mundial de la Salud, por ejemplo, ha sido seriamente obstaculizada en algunos campos debido al desacuerdo entre sus miembros en cuanto a lo deseable de ciertos métodos de limitación familiar. En los Estados Unidos el control de natalidad, que hace apenas una generación ningún político respetable se habría atrevido a mencionar, se suscitó como un punto de disputa sensacional en la campaña electoral presidencial.

Durante un período como éste, en que el área de la controversia pública se amplía y los problemas suscitados se hacen más agudos debido a los nuevos descubrimientos químicos y biológicos, será útil esbozar la historia de la enseñanza de las Iglesias Cristianas respecto del anticoncepcionismo.

Durante siglos la doctrina cristiana con respecto a la limitación familiar deliberada fue clara y sin ambigüedad. El principal (algunos Padres de la Iglesia aseveraban que el único) propósito de las relaciones sexuales en el matrimonio, era la procreación de hijos. Propósitos secundarios como la ayuda mutua entre los dos esposos o la mitigación de la concupiscencia eran mucho menos importantes en la relación conyugal. Cualquier obstaculización artificial de los procesos naturales del coito y la concepción era contraria a las leyes de Dios, y debía condenarse como un grave pecado. San Agustín de Hippo escribió: "Las relaciones sexuales aun con una esposa legítima son ilícitas y vergonzosas, si se previene la procreación de hijos. Esto es lo que hizo Onan, el hijo de Juda, y por ese motivo Dios lo mató." El que sacerdotes o laicos hicieran preguntas sobre estas leyes eternas e inmutables, establecidas por San Agustín en el siglo IV y elaboradas por Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII, no sólo era presuntuoso sino posiblemente herético. Ni siquiera la llegada de la Reforma con todo lo que representó en el sentido al desafío a los dogmas de la

Iglesia Católica medieval tuvo alguna influencia aparente en la doctrina cristiana con respecto al control de natalidad. Los teólogos protestantes estuvieron tan de acuerdo sobre esta cuestión como en desacuerdo sobre otras. Durante el siglo XIX, a pesar de las advertencias de Malthus, y del celo reformista de Place, Knowlton, Bradlaugh, Besant, y otros, la política de las Iglesias —con muy contadas excepciones— consistía en decir públicamente lo menos posible acerca de un tema tan desagradable, y en casos particulares, si se requería alguna advertencia, repetir la condena tradicional de la Iglesia.

En notable contraste con los siglos de dogma relativamente inflexible, reforzado por una política de reserva y silencio, los últimos cincuenta años han sido notables por una inversión casi completa de la doctrina tradicional sobre el control de natalidad por parte de las Iglesias Protestantes, y serias modificaciones por parte de la Iglesia Católica Apostólica Romana. Simultáneamente, ha habido una proliferación de literatura sobre el tema del matrimonio en todos sus aspectos —médicos, sociales y espirituales. Una vez abiertas las esclusas de la discusión, las autoridades eclesiásticas se dieron cuenta de que tenían que intentar dirigir las peligrosas aguas de la controversia hacia canales aprobados por el clero.

El volumen de esta obra publicada, particularmente durante las últimas dos o tres décadas, es impresionante, como lo es también la manera hábil en que la presentación de la doctrina se adapta a auditorios cuyos niveles de cultura y medio ambiente difieren ampliamente. Esto es cierto sobre todo con respecto a las publicaciones católicas, que van desde obras serias y eruditas destinadas a teólogos y miembros del clero hasta obras populares escritas para la masa de la población católica. En el nivel más alto están las Encíclicas Papales como la célebre Encíclica *Casti Conubii* emitida por el Papa Pío XI en 1930. Estos documentos están dirigidos a los fieles en todo el mundo, se traducen a numerosos idiomas, y contienen las enseñanzas definitivas de la Iglesia sobre una variedad de temas relacionados con la vida conyugal. Obligan a todos los miembros de la Iglesia.

A todos los sacerdotes católicos se les proporcionan manuales de teología pastoral con instrucciones detalladas sobre cómo tratar problemas sexuales y otros en el confesional.¹ También disponibles tanto en la Gran Bretaña como en los Estados Unidos hay libros de texto médicos en que se discuten la mayoría de los aspectos de la práctica sexual y obstétrica desde el punto de vista de la Iglesia Católica. Algunos de éstos han sido es-

¹ Estos manuales se escriben normalmente en inglés (u otro idioma vernáculo), pero aquellas secciones que tratan los aspectos más físicos del comportamiento sexual suelen escribirse en latín.

critos para médicos y parteras más bien que para sacerdotes o laicos, y a los no católicos la curiosa mezcla de teología y ginecología puede parecer más bien macabra —¡o tal vez cómica!

Para las masas menos instruidas, pero igualmente piadosas de la población, existen hoy día muchos libritos y folletos baratos y redactados con sencillez, generalmente disponibles a la entrada de la iglesia o en una librería cercana. Aun en la República de Irlanda, en donde existe una estricta censura literaria y en donde la jerarquía católica es casi maniquea en su hostilidad hacia las discusiones acerca del sexo, se puede ahora adquirir por unos pocos chelines un librito con los detalles más precisos sobre cómo evitar la concepción después del coito por medio del “período seguro”.

Algunos de estos escritos populares tal vez parezcan ingenuos, excesivamente rígidos, o hasta ridículamente puritánicos en su tema, pero su continua publicación (y algunos folletos alcanzan docenas de ediciones) sugiere que la jerarquía considera que sirven un propósito útil, y sus lectores los reciben con beneplácito como guías de comportamiento.

La literatura anglicana y anticonformista sobre el tema es menos abundante, y parece haberse escrito para el pastor o laico protestante de tendencias moderadas más bien que para el teólogo por una parte o las masas semiletradas por otra. La aparición de *The Family in Contemporary Society*² (La Familia en la Sociedad Contemporánea) poco antes de la última Conferencia de Lambeth fue uno de los sucesos que hacen época en la historia de las publicaciones de la Iglesia de Inglaterra acerca del matrimonio, por varias razones. El volumen es un documento extraordinario —bien escrito, agradablemente libre de moralizaciones y de la inclinación a censurar, agudamente consciente de los problemas demográficos del mundo moderno, y cuenta entre sus autores a un grupo de distinguidos científicos sociales. La declaración más reciente y más comprensiva de la postura protestante se encuentra en *The Population Explosion and Christian Responsibility* (La Explosión Demográfica y la Responsabilidad Cristiana), escrito por un demógrafo y miembro de iglesia norteamericano, el Dr. Richard M. Fagley, en nombre del Concejo Mundial de Iglesias.³

El primer apoyo público por parte de un pastor cristiano en Gran Bretaña a la opinión de que otros medios de limitación familiar, aparte de la continencia o el uso del “período seguro”, podrían ser justificados

² *The Family in Contemporary Society* (S.P.C.K., 1958).

³ *The Population Explosion and Christian Responsibility*, por Richard M. Fagley. (Oxford University Press, Nueva York, 1960.)

bajo determinadas circunstancias, vino poco después del proceso Besant-Bradlaugh. Al predicar en la capilla de South Place, Londres, en 1878, el popular clérigo radical estadounidense, Moncure Conway, denunció la persecución por parte de la policía de los editores de literatura sobre control de natalidad, y luego expresó su simpatía por algunos de los propósitos de la Liga Malthusiana.⁴ Siete años después, el clérigo cristiano socialista Stewart Headlam, hablando ante una reunión de la Sociedad del Clero Joven en Londres en que se leyó un escrito sobre "Matrimonio y Neomalthusianismo", dijo que no encontraba nada contrario al cristianismo "en el uso de los refrenamientos recomendados por la señora Besant".⁵

Sin embargo, las ideas liberales avanzadas de Conway y Headlam no eran de ninguna manera representativas de la opinión cristiana prevaleciente durante este período, y fue entre las Iglesias Anticonformistas que se desarrolló un movimiento de fundamentos más amplios en pro del control de natalidad. Esto fue apenas sorprendente en vista de la teología más liberal de estas Iglesias, su mayor énfasis en la libertad de la conciencia individual, y también su mayor representación entre la clase media baja en que era más fuerte la presión económica que estimulaba la limitación del tamaño de las familias.

En 1893 un periódico semanario anticonformista, *The Christian World* (El Mundo Cristiano), publicó una carta de la esposa de un pastor metodista en que se expresaron muchas de las ansiedades tan típicas de la familia profesional, acosada y plagada por dificultades económicas, de aquel tiempo —demasiados hijos y demasiado poco dinero, el agotamiento físico que resulta de los embarazos demasiado frecuentes, la falta de oportunidad de intereses o recreo fuera del hogar, las tareas domésticas inacabables, el egoísmo de los esposos. Inmediatamente hubo una inundación de cartas al editor que expresaban simpatía por la esposa del pastor, y preguntaban qué podría hacerse para ayudar a tantas esposas piadosas y sufridas ("cientos de miles de ellas", según un corresponsal) que cargaban con fardos similares.

La respuesta de *The Christian World* fue circunspecta y cautelosa (debido a la "delicadeza del tema") pero fue directa, no obstante. "Ciertamente están equivocadas las condiciones que llevan a un miembro de la asociación matrimonial a una esclavitud tan cruel", dijo el editor. "Hubo un tiempo en que cualquier sugerencia de limitación voluntaria

⁴ *Liberty and Morality*: Un Discurso pronunciado en la Capilla de South Place, Finsbury, por Moncure D. Conway, M. A. (Freethought Publishing Co., 1878.)

⁵ *The Malthusian*, junio, 1885.

fue considerada por la gente piadosa como una obstaculización de la Providencia. Ahora estamos más allá de eso y hemos adquirido la capacidad de reconocer que la Providencia obra a través del sentido común de los cerebros individuales. Limitamos la población lo mismo al demorar el matrimonio por motivos prudenciales como por medio de cualquier acción que puede llevarse a cabo después de él... Obviamente sería imposible que entráramos en los detalles de semejante tema, pero esto, por lo menos, puede decirse: que, aparte de ciertos métodos de limitación, cuya moralidad está puesta en tela de juicio por muchas personas, existen ciertas leyes fisiológicas fácilmente comprendidas respecto del tema, y el no conocerlas y observarlas resulta imperdonable por parte tanto de hombres como de mujeres en estas circunstancias.”⁶

Veinte años después, el reverendo W. F. Lofthouse, portavoz de la Iglesia Metodista, al presentar evidencia ante la Comisión Nacional sobre el Índice de Natalidad,⁷ dijo que las Iglesias Protestantes habían sido demasiado reticentes, tanto en público como en privado, en la expresión de sus puntos de vista respecto al anticoncepcionismo. Interrogado sobre la actitud del Concejo Libre de Iglesias acerca del tema, contestó que, debido al gran número de cuestiones económicas, sociales y médicas involucradas, no se podía pedir que los pastores de la Iglesia dieran instrucciones categóricas sobre una cosa tan “difícil y delicada” como la limitación de la familia. Cuando se le preguntó si en su opinión, en los casos en que el refrenamiento moral no era posible, se habrían de permitir medios anticonceptivos mecánicos, contestó francamente que sí.

La actitud anticonformista contemporánea sostiene, en términos generales, que, mientras los propósitos del control de natalidad no sean simplemente el egoísmo o la sensualidad irrefrenada, y las técnicas empleadas no sean dañinas a la salud u objetables desde el punto de vista estético, entonces los métodos en sí no tienen importancia. La decisión debería dejarse a la conciencia individual.⁸

La Iglesia de Inglaterra fue más lenta en enfrentarse al desafío presentado por condiciones sociales cambiadas —particularmente la creciente demanda de emancipación de la mujer— y fue más renuente a modificar su doctrina tradicional acerca del sexo, el matrimonio y la familia. Por ejemplo, no se hizo ninguna mención en absoluto del anticoncepcionismo durante las Conferencias de Lambeth de 1867 y 1897, y la

⁶ *The Christian World*, Editorial intitulado “A Marriage Problem”. 15 de junio de 1893.

⁷ *Report of the National Birth Rate Commission*. Evidencia aportada por el reverendo W. F. Lofthouse, pp. 374-380. (Chapman & Hall, 1916.)

⁸ *Man and Wife Together*, por Kenneth G. Greet. (Epworth Press, 1958.)

primera declaración anglicana oficial respecto del tema no apareció hasta en 1908, cuando la Conferencia de Lambeth produjo un largo informe sobre lo que se describió como el "Refrenamiento de la Población". Se expresó pesar por la reducción de la tasa de nacimientos entre los pueblos de habla inglesa, especialmente en las clases alta y media, y se sugirió que muchas enfermedades físicas y mentales podrían ser consecuencia directa del uso de anticonceptivos.⁹ Los obispos,¹⁰ habiendo denunciado el control de natalidad, que calificaban de "aborto preventivo", recomendaron que todos los dispositivos y substancias anticonceptivas fuesen prohibidos por ley y sus defensores enjuiciados.

A las tesis que sostienen que el placer sexual, aun dentro del matrimonio, era pecaminoso si uno se entregaba a él por sí mismo, y que las familias grandes habían de preferirse a las comodidades materiales, se dio énfasis nuevamente en un memorándum presentado a la Comisión Nacional sobre el Índice de Natalidad, que se reunió por primera vez en Londres en octubre de 1913.¹¹ La castidad en las personas casadas "puede ser sumamente difícil, pero es totalmente consistente con la salud", dijo este informe. Los hombres y las mujeres cristianas "deben cargar la Cruz y mantenerse en pureza y temperancia". Las mujeres "no deberían tratar de evitar los pesados fardos que el matrimonio puede representar para ellas...". Las familias grandes eran "escuelas admirables de carácter vigoroso, obediente y desinteresado" y los esposos y esposas deben evitar una "afición al placer y la comodidad, y un nivel de gastos en ropa, muebles o vacaciones más alto del que los medios familiares permiten razonablemente". El Obispo de Southwark ofreció como su propia

⁹ "El vigor mental y moral puede perjudicarse, y se ha suscitado la pregunta de si el incremento de la demencia no esté tal vez estrechamente relacionado con los hábitos de refrenamiento." *The Six Lambeth Conferences 1867-1920*, p. 401, por Lord Davidson of Lambeth, Arzobispo de Canterbury, 1903-28 (S.P.C.K., 1929).

¹⁰ El hecho de que muchos laicos y clérigos estaban en desacuerdo con sus obispos sobre este punto parece evidente del informe presentado a la Comisión Nacional sobre el Índice de Natalidad unos pocos años después. "En ausencia de toda enseñanza autoritaria reconocida, existen grandes divergencias de opinión entre el clero anglicano sobre este tema (del control de natalidad)", dijo este informe. "Las objeciones que antes tenían casi todos ellos con respecto a la limitación familiar se han debilitado decididamente desde principios del siglo; pero su condenación de los medios mecánicos y químicos sigue siendo casi unánime. Entre los hombres y mujeres laicos, concienzudos y magnánimos, de la Iglesia Anglicana, hay muchos que justifican abiertamente el uso de preventivos, y esta actitud se ha hecho más común durante los últimos años." *Report of the National Birth Rate Commission*, pp. 64-65 (Chapman & Hall, 1916).

¹¹ *Report of the National Birth Rate Commission*, pp. 383-387 (Chapman & Hall, 1916).

opinión personal que las relaciones sexuales se justificaban sólo con el fin de la procreación de hijos (de otra manera eran "mera gratificación"), y que tal vez se tuviera que practicar la continencia aun si significase el fracaso del matrimonio.¹²

En la siguiente Conferencia de Lambeth, a pesar del impacto quebrantador de la Primera Guerra Mundial en los patrones aceptados de comportamiento social, y la aparición de una actitud mucho más tolerante respecto de la planeación familiar en muchas comunidades, el lenguaje episcopal seguía siendo casi igualmente vehemente y la condenación igualmente categórica. Para este entonces los obispos estaban muy alarmados por lo que consideraban la propagación de la inmoralidad sexual (que, según creían, estaba alentada por métodos más fáciles de control de natalidad) y la manera más libre con que el sexo se discutía generalmente.

"Las tendencias del pecado sexual son probablemente las más universales en todo el mundo", declaró uno de los informes de la Conferencia,¹³ en tanto que la Resolución 68, adoptada sin oposición, declaró de manera inequívoca:

La Conferencia, aunque rehusa establecer reglamentos que satisfagan las exigencias de cada caso anormal, mira con grave preocupación la propagación de teorías y prácticas hostiles a la familia. Emitimos una advertencia enfática contra el uso de medios antinaturales para la prevención de la concepción, junto con los graves peligros —físicos, morales y religiosos— incurridos de este modo, y contra los males con que la diseminación de tales prácticas amenaza la raza. En oposición a la enseñanza, que bajo el nombre de ciencia y religión, alienta a las personas casadas en la cultivación deliberada de la unión sexual como una finalidad en sí misma, sostenemos con constancia las que siempre deben mirarse como las consideraciones dominantes del matrimonio cristiano. Una de ellas es el propósito principal para el que existe el matrimonio, esto es, la continuación de la raza a través del don y la herencia de los niños; la otra es la importancia capital en la vida conyugal del dominio de sí deliberado y reflexivo.

Para 1930, sin embargo, había tenido lugar una modificación significativa de la actividad de la Iglesia, y había surgido un fuerte grupo de anglicanos, al principio una minoría, pero antes de que hubiesen transcurrido muchos años una mayoría, con un punto de vista más liberal sobre el tema. La Conferencia de Lambeth de aquel año produjo un largo

¹² *Report of the National Birth Rate Commission*, pp. 436-450. Evidencia del Obispo de Southwark.

¹³ *The Six Lambeth Conferences, 1867-1920*, p. 107, por Lord Davidson of Lambeth, Arzobispo de Canterbury, 1903-28. (S.P.C.K., 1929.)

informe intitulado: "Matrimonio y Sexo", que advirtió nuevamente contra los peligros del libertinaje sexual y la fornicación, pero concedió que el deseo sexual tiene su propio valor e importancia en el hogar cristiano y debe reconocerse como un "factor donado por Dios".¹⁴ En esta ocasión la Conferencia estuvo profundamente dividida en cuanto a la cuestión de si el control de natalidad debe permitirse o no, y después de mucho debate la siguiente resolución fue adoptada por 193 votos contra 67:

En donde existe una obligación moral claramente sentida de limitar o prevenir la paternidad, el método debe decidirse de acuerdo con principios cristianos. El método básico y más obvio es la abstinencia total de las relaciones sexuales (hasta donde sea necesario) en una vida de disciplina y dominio de sí, vivida bajo el poder del Espíritu Santo. No obstante, en aquellos casos en que existe tal obligación moral claramente sentida de limitar o prevenir la paternidad, y en donde existe una razón moralmente válida por evitar la abstinencia completa, la Conferencia concede que otros métodos pueden emplearse, a condición de que esto se haga a la luz de los mismos principios cristianos. La Conferencia indica su fuerte condenación del uso de cualesquiera métodos de control de la concepción por motivos de egoísmo, lujo, o mera comodidad.

Dando mayor énfasis a la división de opinión entre los anglicanos, esta Conferencia fue seguida de cerca por la publicación de *Marriage and Birth Control* (Matrimonio y Control de Natalidad), que reunió en un solo tomo los puntos de vista contrastantes sobre el anticoncepcionismo. El Obispo de St. Albans persistió en el punto de vista tradicional de que el anticoncepcionismo era intrínsecamente pecaminoso y contrario a la ley de Dios. Admitió que la abstinencia sexual tal vez fuera difícil y hasta podría provocar neurosis, pero era, como lo expresó él, la "manera heroica". "Tengo un fuerte sentimiento instintivo de que todo el asunto (el control de natalidad) es repugnante, degradante y equivocado", concluyó.¹⁵ El Obispo de Liverpool creía que previamente las mentes de los obispos se concentraban demasiado en los peligros y perjuicios del sexo, y que el impulso sexual había sido instituido por Dios no simplemente

¹⁴ "El sexo es un factor donado por Dios en la vida del género humano, y sus funciones son, por consiguiente, esencialmente nobles y creativas... se han visto los albores de un nuevo día, en que el sexo y las cuestiones relacionadas con el sexo están emergiendo de las brumas de la desconfianza y hasta de la vergüenza, en que estuvieron envueltos durante siglos, hacia la atmósfera clara del candor, la honradez y la verdad." Resolución de la Conferencia de Lambeth de 1930, *Marriage and Birth Control*, p. 10, por el muy reverendo A. A. David, Obispo de Liverpool, y el muy reverendo M. B. Furse, Obispo de St. Albans (James Nisbet, c. 1930).

¹⁵ *Marriage and Birth Control*, p. 27, por el muy reverendo A. A. David y el muy reverendo M. B. Furse (James Nisbet, c. 1930).

para asegurar la continuación de la raza humana, sino también para alentar el amor recíproco entre marido y mujer.¹⁶ La abstinencia de las relaciones sexuales representaría un grave esfuerzo, posiblemente con resultados perjudiciales. Criticó el punto de vista de la minoría en la Conferencia, que incluía algunos "obispos sin experiencia de la vida conyugal", quienes inferían que las relaciones sexuales aun dentro del matrimonio constituían una lamentable necesidad, e hizo hincapié en tales nuevos acontecimientos sociales como la emancipación de la mujer, los adelantos en medicina y psicología, y la amenaza de la sobrepoblación (aunque no dio mucho énfasis a este último punto).

Así que durante casi treinta años —la Conferencia de Lambeth de 1948 no tocó el tema— el seglar anglicano tenía a su disposición dos puntos de vista alternativos, y podía escoger uno u otro según se lo dictara su conciencia.

La Conferencia de Lambeth de 1958, a la que asistieron 310 obispos de 46 países, fue celebrada en una atmósfera muy diferente de la que prevaleció durante las anteriores. Para este entonces los tradicionalistas habían sido derrotados cabalmente, y ningún delegado expresó una condenación total del control de natalidad. En esta ocasión, en lugar de advertencias repetidas acerca de los posibles peligros de la sexualidad irrefrenada, se dio un énfasis mucho mayor a los aspectos sociales más amplios de la vida familiar. Una característica notable de la Conferencia y de los informes que siguieron a ella fue el enfoque hacia tendencias sociales y económicas, viviendas, condiciones fabriles, urbanización, y niveles de vida en diversos países. En todas las etapas del debate hubo evidencia alentadora de que las autoridades de la Iglesia estaban ya plenamente conscientes de las actuales tendencias demográficas en países cristianos y no cristianos por igual. Esta ocasión, por lo menos, fue un caso en que los obispos citaron más de los libros azules y menos de la Biblia.

Finalmente, se adoptó la siguiente resolución¹⁷ por unanimidad:

La Conferencia cree que la responsabilidad de decidir el número y frecuencia de los hijos ha sido transferida por Dios a la conciencia de los padres en todos los lugares; que esta planeación, llevada a cabo de tales maneras que son mutuamente aceptables a ambos esposos en la conciencia cristiana, es un derecho y un factor importante en la vida familiar cristiana y debería ser el resultado de una elección positiva ante Dios. Tal

¹⁶ Las palabras de la ceremonia del matrimonio en el Libro de Oraciones Reformado se habían modificado en fecha reciente para incluir este segundo aspecto del matrimonio.

¹⁷ *The Lambeth Conference, 1958*, p. 57 (S.P.C.K., 1958).

paternidad responsable basada en la obediencia a todos los deberes del matrimonio, requiere una sabia administración de los recursos y capacidades de la familia, lo mismo que un examen cuidadoso de las variables necesidades y problemas demográficos de la sociedad y las exigencias de las generaciones futuras.

Desde entonces ha crecido constantemente el interés entre todos los grupos protestantes por los problemas del matrimonio, la paternidad y la población, alcanzando su culminación en la reunión de un grupo de estudio del Concejo Mundial de Iglesias¹⁸ en Oxford, en abril de 1959, seguida por la publicación de *The Population Explosion and Christian Responsibility* (La Explosión Demográfica y la Responsabilidad Cristiana) un año después.

El desarrollo de la doctrina de la Iglesia Católica Apostólica Romana respecto del anticoncepcionismo proporciona un ejemplo aún más impresionante del modo en que una teología dogmática puede estar obligada a reaccionar a circunstancias sociales, científicas y médicas modificadas.

Tradicionalmente, las enseñanzas del Vaticano sobre este punto siempre habían sido muy explícitas —ni siquiera la pobreza aguda, la falta de espacio vital, salud muy deficiente, la posibilidad de traer al mundo hijos enfermos, o el peligro inmediato a la esposa debido al embarazo, podían aceptarse como justificaciones del uso de medios artificiales de control de natalidad.¹⁹ Si marido y mujer desearan por cualquier motivo evitar de tener hijos (y la Iglesia sostenía con vehemencia que los hijos eran la suprema bendición de un matrimonio feliz), entonces la única alternativa era la continencia sexual más estricta. Si tal abstinencia de las relaciones conyugales normales resultara difícil, entonces la gracia de Dios ayudaría a las personas que sufrían. Esta doctrina sencilla, fácil de entender e inmutable de la Iglesia había sido aceptada a través de todas las épocas y se suponía que había de ser obedecida por los fieles en todos los países y en todas las sociedades en que la Iglesia tenía miembros.

¹⁸ El informe de este grupo fue publicado en la *Ecumenical Review*, Ginebra, octubre de 1959. El Dr. Fagley señala en su libro que en el curso de los últimos diez años las siguientes iglesias han emitido declaraciones que están, en términos generales, de acuerdo con la tesis de Lambeth sobre la planeación familiar: la Iglesia de Suecia, la Iglesia Presbiteriana de Irlanda, la Iglesia Calvinista de Holanda, la Iglesia Luterana Unida de América, la Iglesia Metodista de los Estados Unidos, la Iglesia Reformada de Francia, la Iglesia Luterana de Finlandia, la Unión Baptista de Dinamarca, y la Iglesia Presbiteriana Unida de los Estados Unidos.

¹⁹ "...si Dios envía a otra boca hambrienta que llenar, El encontrará los medios para llenarla". *Birth Control and Ethics*, p. 53, por Henry J. Davis (Burns Oates & Washbourne, 1927).

Generalmente, durante la última mitad del siglo XIX hubo poca necesidad —excepto posiblemente en Francia, en donde la tasa de natalidad había bajado substancialmente— de que la Iglesia tomara parte en controversias públicas acerca del control de natalidad. Los cónyuges católicos tal vez no hayan sido siempre tan estrictos en sus prácticas conyugales (sobre todo con respecto al *coitus interruptus*) como sus sacerdotes hubiesen querido, pero los principios básicos de la enseñanza de la Iglesia sobre este punto se ponían rara vez en duda seriamente. El peligro de la contaminación por libres pensadores o protestantes tampoco estaba todavía tan serio como llegó a ser posteriormente.

No obstante, para cuando estalló la Primera Guerra Mundial, el problema se había hecho suficientemente grave en la Gran Bretaña para que la jerarquía católica sintiera la necesidad de reafirmar y ampliar sus puntos de vista. El reverendo monseñor Brown, Vicario General de la Diócesis de Southwark, dió a la Comisión Nacional sobre el Índice de Natalidad una extensa exposición de la actitud de su Iglesia respecto de la limitación de la familia, concluyéndola con la advertencia habitual contra “el grave pecado del onanismo”.²⁰

Durante el decenio de 1920, la situación desde el punto de vista de la Iglesia deterioró rápidamente —la propaganda a favor del anticoncepcionismo se divulgó más ampliamente, se abrieron clínicas de control de natalidad en varios países, el peligro de que a los católicos se les descarriara se hizo más evidente— y el Papa juzgó conveniente en 1930 publicar una encíclica especial sobre los deberes y responsabilidades del matrimonio cristiano.²¹ Esta célebre encíclica fue un documento extenso que abarcó una amplia escala de temas relacionados, como el divorcio, aborto, eutanasia y esterilización, pero su tema principal fue la cuestión del control de natalidad, y sobre este punto las palabras del Papa fueron vehementes y nada ambiguas. El anticoncepcionismo artificial era “vergonzoso e intrínsecamente inmoral”, “práctica criminal”, “un crimen indecible”, etc. La aspereza del lenguaje y la manera detallada en que el Papa desarrolló sus argumentos estaban claramente destinadas a servir de amenaza solemne a todo apóstata actual o potencial dentro de la Iglesia; y al poco tiempo todos los recursos del Vaticano, desde el cardenal más orgulloso hasta el párroco más humilde, e inclu-

²⁰ *Report of the National Birth Rate Commission*. Evidencia aportada por el muy reverendo W. F. Brown, Vicario General de la Diócesis de Southwark, pp. 392-393 (Chapman & Hall, 1916). Para la actitud de la Iglesia respecto del uso del “período seguro”, véanse páginas posteriores.

²¹ *Encyclical Letter on Christian Marriage (Casta Conubii)*, por el Papa Pío XI (nueva traducción por el canónigo G. D. Smith, Catholic Truth Society, 1951).

yendo también a médicos, trabajadores laicos y publicistas católicos, fueron movilizados para la campaña. En aquellos países en que los católicos constituían la mayoría, la jerarquía hizo todos los esfuerzos a su alcance por asegurar que la legislación ya en vigor para prohibir la venta de anticonceptivos (por ejemplo, Francia, Italia y Bélgica) continuara, o que nueva legislación fuera introducida (como en la República de Irlanda). En esta política tuvieron generalmente el apoyo entusiasta de grupos en pro de la natalidad (entre ellos algunos no católicos) que deseaban poblaciones mayores por razones nacionalistas o militaristas.²²

En países como los Estados Unidos o la Gran Bretaña en que los católicos constituyen una minoría, aconsejaron que se presionara de todas las maneras posibles a los miembros de la Iglesia para prevenir que siguieran el ejemplo de sus conciudadanos no católicos.²³

Sin embargo, el adelanto importante —y desde el punto de vista de largo alcance, revolucionario— en la doctrina de la Iglesia durante este período no fue la reafirmación por el Papa de un punto de vista ya bien conocido, sino los nuevos descubrimientos médicos respecto del supuesto “período seguro” en el ciclo de ovulación de las mujeres. El hecho de que durante ciertos períodos del mes aparece menos probable que las mujeres conciban después del coito normal se había sospechado desde hacía ya mucho tiempo, pero las razones fisiológicas de esto estaban oscuras. Se sospechaba comúnmente que había más probabilidades de que la concepción tuviera lugar en las mujeres durante o cerca de la menstruación.²⁴

²² Para una relación del movimiento en pro de la natalidad, véase *Population Policies and Movement in Europe*, por D. V. Glass (O.U.P., 1940).

²³ Para una relación de una campaña particularmente violenta contra la propuesta apertura de clínicas de control de natalidad en Massachusetts (estado con muchos habitantes de ascendencia irlandesa o italiana) durante 1942 y 1947, véase *Freedom and Catholic Power*, por Paul Blanshard (Secker & Warburg, 1951).

²⁴ “Antes se creía que la ovulación coincidía con la menstruación, y de acuerdo con esta idea errónea, se pensaba que había mayores probabilidades de que las mujeres concibieran justamente antes o después de su período.” *Reports of the Biological and Medical Committee*, p. 42, Vol. IV. Documentos de la Comisión Real sobre Población. (H.M.S.O., 1950.)

Los demógrafos norteamericanos Freedman, Whelpton y Campbell citan la siguiente interrogación acerca del “período seguro” dirigida por unos católicos franceses a la Sagrada Penitenciaría en Roma en 1880. “En opinión de médicos y fisiólogos eruditos, la mayoría de las mujeres no son capaces de concebir constantemente, sino sólo periódicamente, es decir, desde el momento en que comienza el flujo menstrual hasta el cuarto día después de que ha cesado; durante el resto del mes suelen ser estériles. Aseveran que esta teoría ha sido verificada en el 94 por ciento de las mujeres observadas.

”Habiendo aprendido esto, el doctor L. pensó que se podría hallar en esto un remedio para prevenir muchos pecados serios, al persuadir a las esposas que recurren al onanismo por miedo a la concepción, a que se abstengan de las rela-

Muchos biólogos y ginecólogos negaron absolutamente la existencia de un "período seguro";²⁵ y aún en 1924 una autoridad tan eminente como la Dra. Marie Stopes pudo escribir: "...la mujer normal y sana de la clase obrera no tiene período seguro en absoluto".²⁶

Fue la publicación en 1930 de los resultados de dos investigaciones llevadas a cabo independientemente por el distinguido ginecólogo japonés, el Dr. K. Ogino, y por el Profr. H. Knaus de la Universidad de Praga, que dieron validez científica a la teoría del "período seguro". Ogino llegó a la conclusión de que la ovulación en la mujer tiene lugar entre 12 y 16 días antes de la menstruación, y que el óvulo sólo sobrevive (si no se le fertiliza) entre 3 y 12 horas.²⁷ Los espermatozoides masculinos, en su opinión, podían vivir hasta tres días después del coito. Knaus sugirió que la ovulación tiene lugar entre 14 y 16 días antes de la menstruación, que el óvulo sobrevive "sólo unas pocas horas después de salir del folículo de Graaf", y que los espermatozoides masculinos podrían vivir dos días.²⁸

ciones durante ese período en que la concepción es posible, y que tengan relaciones de la manera correcta durante el período en que la concepción no suele tener lugar... el doctor L. ha preguntado a la Sagrada Penitenciaría: 1) Si las esposas pueden actuar de este modo sin pecado mortal o venial; 2) Si un confesor puede recomendar este modo de actuar a una esposa que detesta el onanismo de su esposo pero está impotente para corregirlo, o a cualquiera de los cónyuges que desee evitar el tener demasiados hijos; 3) Si se deben tomar medidas contra el peligro de una reducción del número de la progenie o si esto debe considerarse de importancia secundaria en relación con el provecho obtenido de la prevención del pecado y la paz de la conciencia."

En contestación, la Sagrada Penitenciaría declaró: "Las esposas que hacen uso del matrimonio del modo antes mencionado no deben ser perturbadas, y un confesor puede sugerir, pero con cautela, la opinión bajo discusión a aquellas esposas a las que en vano haya intentado por otro método alejar del detestable crimen de Onán." Se había dado la misma respuesta a una pregunta similar dirigida por el Obispo de Amiens a Roma en 1853. *Family Planning, Sterility and Population Growth*. Apéndice A, p. 416. Por Ronald Freedman, Pascal K. Whelpton y Arthur A. Campbell. (McGraw Hill. Nueva York, 1959.)

²⁵ "Hasta alrededor de 1930 se creía generalmente que las mujeres podían concebir en cualquier momento del ciclo menstrual. Esta teoría sigue siendo un punto capital de la teoría clásica de la fisiología de la reproducción humana", p. 67, *The Rhythm of Sterility and Fertility in Women*, por Leo J. Latz (Latz Foundation, Chicago, 1939).

²⁶ *Contraception*, p. 89, por Marie Carmichael Stopes (Health Promotions Ltd., 1924).

²⁷ *Conception Period of Women*, por el Dr. Kyusaka Ogino (traducido al inglés, Medical Arts Publishing Co., Harrisburg, Estados Unidos, 1934). La obra del Dr. Ogino se había publicado en Japón con varios años de anterioridad, y en Alemania en 1930 —el mismo año en que se publicó la obra del Dr. Knaus.

²⁸ *The Rhythm of Sterility and Fertility in Women*, p. 24, por Leo J. Latz (Latz Foundation, Chicago, 1939).

Si estas teorías son ciertas —y la mayor parte de la opinión médica bien informada las apoya actualmente²⁹— seguía forzosamente que sólo durante un período relativamente breve en el curso del ciclo mensual sería posible que la mujer normal concibiera. Las relaciones sexuales fuera de este período serían estériles inevitablemente. La dificultad, desde luego, estribaba en calcular acertadamente las fases fértil e infértil.³⁰

El creciente número de teólogos católicos que se estaban haciendo agudamente conscientes del conflicto entre lo que se describía como la “presión irresistible de la sociedad en favor del anticoncepcionismo” y la “condenación inmovible de la Iglesia”³¹ recibieron con gran beneplácito los descubrimientos de Ogino y Knaus. El uso del “período seguro”, como se ha señalado ya, se había aprobado desde mediados del siglo XIX en Francia, y monseñor Brown, un portavoz de la jerarquía inglesa, al presentar evidencia ante la Comisión Nacional sobre el Índice de Natalidad durante la Primera Guerra Mundial, declaró: “En donde todos los demás métodos de disuasión fallan, se puede permitir que las parejas casadas limiten las relaciones sexuales al período intermenstrual, llamado a veces *tempus agenosos*.”³² Fue la labor de Ogino y Knaus, sin embargo, que proporcionó una base más científica para la teoría, en tanto que el ginecólogo estadounidense Latz vulgarizó las nuevas ideas en su

²⁹ “Ahora se ha acumulado evidencia que demuestra que la ovulación tiene lugar, como regla general, entre 13 y 15 días antes del inicio de la menstruación, y que la fase fértil se sitúa, por consiguiente, a mediados del ciclo. Se cree que el óvulo sigue siendo fertilizable sólo durante aproximadamente un día después de la ovulación, y que los espermatozoides retienen su poder de fecundar un óvulo durante un período máximo de tres días.” *Reports of the Biological and Medical Committee*, p. 42, vol. IV, Papeles de la Comisión Real sobre Población (H.M.S.O., 1950).

³⁰ Es bien sabido que el ciclo menstrual puede ser afectado por un gran número de factores, como el embarazo, el embarazo fallido, la enfermedad, trastornos emocionales, etc. Además, si el método del “período seguro” se ha de usar con regularidad con alguna posibilidad de éxito, la interesada debe anotar sus flujos menstruales en forma sistemática, recibir asesoramiento médico competente, y tener una capacidad de dominio de sí fuera de lo común en sus relaciones sexuales. En vista de todo esto, ¿qué tan seguro es el “período seguro”? Los médicos católicos pretenden que encierra un alto grado de seguridad si se toman las precauciones adecuadas, pero los no católicos suelen considerarlo como un método relativamente poco efectivo de control de natalidad. Por ejemplo, el Dr. C. P. Blacker expresa graves dudas en cuanto a su eficacia cuando se intenta aplicarlo entre una población atrasada y en gran parte sin educación. (*Eugenics Review*, julio, 1955, y octubre, 1955. “The Rhythm Method: Two Indian Experiments”.)

³¹ *Family Limitation*, p. 9, por John Ryan, con un Prefacio por Alan Keenan, O.F.M. (Sheed & Ward, 1957).

³² *Report of the National Birth Rate Commission*, p. 393. Evidencia del muy reverendo W. F. Brown, Vicario General de la Diócesis de Southwark (Chapman & Hall, 1916).

libro *The Rhythm*³³ (El Ritmo), del que se vendieron más de 200 000 ejemplares (principalmente en los Estados Unidos) entre los años de 1932 y 1939.

No obstante, aunque el libro de Latz recibió la aprobación extraoficial de los eclesiásticos norteamericanos, los elementos más conservadores³⁴ en la Iglesia, impregnados de las viejas tradiciones acerca del sexo y el control de natalidad, persistieron en su aversión por todo el tema, y hace sólo unos pocos años un sacerdote, escribiendo en un manual de amplia circulación sobre el matrimonio (con el *Imprimatur* del Vicario General), manifestó claramente esta tendencia al contestar a una pregunta acerca del derecho de un marido y su mujer a limitar su familia si tuvieran pocos ingresos, mala salud, y un espacio vital muy limitado. "Lo correcto es llevar una vida matrimonial normal", escribió él. "Dejen el número de los hijos a Dios. El es el Creador. Nosotros no le dictamos un número. . . ningún sacerdote y ningún papa puede dar a las parejas un calendario o indicador que seguir. . . El ritmo lleva con frecuencia a la negación del uno por el otro, la prevención de nacimientos, la ebriedad, y el divorcio."³⁵

Por otra parte, Keenan y Ryan, en su libro: *Marriage: A Medical and Sacramental Study*³⁶ (El Matrimonio: Un Estudio Médico y Sacramental), aprobado oficialmente y divulgado ampliamente, dicen que el uso temporal del "período seguro" sería justificado en casos de indisposición menor o enfermedad, dificultades económicas, después de un embarazo reciente, cuando los embarazos son demasiado frecuentes, o para fomentar la concordia entre cónyuges que están de acuerdo respecto de

³³ *The Rhythm of Sterility and Fertility in Women*, por Leo J. Latz (6ª edición, Latz Foundation, Chicago, 1939), tiene un Prefacio por el padre jesuita Joseph Reiner y se le describe como "publicado con la aprobación eclesiástica".

³⁴ En una Iglesia de teología tan dogmática y organización tan monolítica como la Católica Apostólica Romana, probablemente no sea prudente contrastar en forma demasiado marcada las diferencias entre los puntos de vista "conservador" y "liberal", o "tradicionalista" y "modernista". No obstante, en cuestiones de relaciones sexuales y control de natalidad, parece haber diferencias marcadas entre los enfoques de diversos grupos dentro de la Iglesia. El Dr. Richard Fagley examina este problema en forma bastante detallada en su libro, estableciendo una división entre las que describe como las facciones "pro fecundidad" y de "paternidad responsable" entre los católicos. Asevera que la primera ha tendido a restablecer su predominio en años recientes. (*The Population Explosion and Christian Responsibility*, pp. 184-7, por Richard M. Fagley, O.U.P., Nueva York, 1960.)

³⁵ *The Catholic Book of Marriage*, pp. 84, 94, 96, por el reverendo P. C. M. Kelly (Longmans, 1952).

³⁶ *Marriage: A Medical and Sacramental Study*, por Alan Keenan, O.F.M., y John Ryan (Sheed and Ward, 1955). Este libro tiene el *Imprimatur* del Arzobispo de Boston.

las relaciones sexuales pero no respecto de un nuevo embarazo en el futuro cercano. El uso persistente del "período seguro" se justificaría sólo en casos de grave peligro a la madre si volviera a tener otro embarazo, la imposibilidad de sostener o educar a más hijos, enfermedad hereditaria incurable, o con el fin de prevenir la perversión si hubiera probabilidad de ella en uno de los cónyuges porque el otro rehusaba hacer uso del período infértil.

Pero la última palabra, como siempre en la Iglesia Católica Apostólica Romana, es la del Papa, y las declaraciones más recientes del Vaticano dicen muy claramente que el "período seguro" puede usarse con absoluta legitimidad para limitar el número de hijos de un matrimonio.

Hablando en 1951, el Papa Pío XII dijo:³⁷

...la Iglesia sabe considerar con simpatía y comprensión las muy reales dificultades del estado matrimonial en nuestra época. Por consiguiente, en nuestro reciente discurso acerca de la moralidad conyugal, afirmamos la legitimidad y, a la vez, los límites —en verdad, muy amplios— de una regulación de la prole que, a diferencia del llamado "control de natalidad", es compatible con la ley de Dios. Se puede inclusive esperar (pero en esta cuestión la Iglesia naturalmente deja que dictamine la ciencia médica) que la ciencia logre proporcionar a este método lícito una base suficientemente segura, y los informes más recientes parecen confirmar esta esperanza.

El Papa estaba hablando antes de los recientes experimentos con una píldora anticonceptiva oral, y es posible que en fin de cuentas este método proporcione la "base suficientemente segura" a la que se refirió el Papa. Si los químicos producen una píldora que pueda, sin efectos laterales dañinos, regular el ciclo ovulatorio con un alto grado de exactitud, entonces tal vez los teólogos tengan que modificar sus puntos de vista acerca de cuáles son métodos "artificiales" y cuáles métodos "naturales" de limitación familiar. Los complicados registros y detallados cálculos que deben ser utilizados actualmente por la buena esposa católica que desea situar su "período seguro" con alguna esperanza de éxito, son en cierta forma más artificiales que los convencionales métodos mecánicos de control de natalidad, y las autoridades de la Iglesia han demostrado ya en el caso Ogino-Knaus que recibirían con agrado nuevos métodos científicos que contribuyeran a una mayor exactitud y efectividad. En

³⁷ "Moralidad en el Matrimonio, Un Pronunciamiento por Pío XII." Texto original en italiano, *Acta Apostolicae Sedis*. 20 de diciembre de 1951.

éste como en tantos otros aspectos del problema, el progreso de la ciencia está presentando nuevas dificultades continuamente a los teólogos.³⁸

Las Iglesias Cristianas, con su variedad de antecedentes históricos, doctrinas y formas de organización, reaccionaron, como hemos visto, de diferentes modos y con diferentes grados de urgencia al desafío presentado por la diseminación del control de natalidad en todo el mundo, pero las fuerzas externas que las impulsaron a modificar su dogma tradicional han sido, en términos generales, similares —esto es, el rápido incremento de la población en ciertos territorios, los adelantos de la ciencia médica, y la impotencia de las Iglesias para mantener la disciplina entre sus propios miembros.

Las Iglesias ya no pueden hacer caso omiso del hecho de que la población mundial está aumentando al ritmo de cincuenta millones al año, y que —si las tendencias actuales continúan— en el año 2000 puede haber en el mundo dos veces el número de personas que hay actualmente. Aun el obispo menos consciente de los asuntos del mundo o el cardenal más claustrado puede difícilmente dejar de evaluar el significado en términos de abastecimiento de alimentos, niveles de vida, relaciones entre las razas, y conflictos políticos, de la multiplicación extraordinariamente rápida de los pueblos de China, India, Japón, Asia Sudoriental, Brasil, Egipto y Centroamérica. Una de las secciones que más llaman la atención en la obra: *The Family in Contemporary Society* es la contribución de los obispos anglicanos de la India, quienes demuestran una conciencia muy aguda de los problemas demográficos de aquel país. El Dr. Richard Fagley, como un portavoz oficial del Concejo Mundial de Iglesias, dedica más de la tercera parte de su libro: *The Population Explosion and Christian Responsibility*, a los más amplios aspectos económicos y tecnológicos del crecimiento demográfico. Los demógrafos católicos, tanto clericales como laicos, también se están preocupando cada vez más por la necesidad de un programa social que sea práctico y realista a la vez que conforme con la filosofía tradicional en un período de rápida expansión demográfica. Autoridades como Gibbons y Burch en los Estados Unidos, Lestapis en Francia, Zeegers en Holanda, y Fogarty en la Gran Bretaña, han escrito con simpatía y comprensión acerca de la crisis demográfica

³⁸ A medida que químicos y biólogos producen métodos anticonceptivos cada vez más refinados, pueden surgir problemas de mayor complejidad que afecten a todas las Iglesias Cristianas. Por ejemplo, ¿en cuál momento preciso tiene lugar la concepción —en el momento en que se fecunda el óvulo o cuando tiene lugar la anidación en la pared uterina? La distinción entre concepción y aborto puede crear muchas dificultades para los teólogos durante la segunda mitad del siglo xx, como sucedió en la Europa Medieval en que se debatió la cuestión de cuándo el alma entraba al cuerpo.

que amenaza a aquellas regiones del mundo que ya padecen de mala nutrición, falta de capital y baja productividad de la mano de obra.³⁹ En 1957 la revista *Social Compass* (Brújula Social), publicada por el Instituto Católico de Investigaciones Sociales en Ginebra, ofreció un premio de cinco mil dólares por un ensayo sobre los problemas demográficos de los países subdesarrollados. No todos los portavoces de la Iglesia están de acuerdo sobre la mejor política social a adoptar (tal vez sea significativo que hasta ahora los jueces del concurso de ensayos no han anunciado la otorgación del premio de cinco mil dólares), pero el consenso general es que un cultivo más intensivo de la superficie de la tierra produciría una provisión de alimentos mucho mayor.⁴⁰ Colin Clark, el economista de Oxford, afirma, por ejemplo, en un artículo reciente, que los recursos agrícolas del mundo bastarían a una población mundial diez veces el tamaño de la actual.⁴¹ Es dudoso si otros expertos católicos darían su apoyo a tal aseveración.

La segunda razón, por orden de importancia, de la evolución de la doctrina religiosa es el enorme progreso de la ciencia médica y la psicología desde principios del siglo. Hace sesenta años la ginecología estaba en un estado bastante primitivo y se sabía relativamente poco acerca de técnicas confiables de control de natalidad. La fisiología de los sistemas reproductores de los seres humanos masculino y femenino se conocía sólo en términos generales, y no existían conocimientos exactos acerca de la duración de la vida de los óvulos y espermatozoides humanos. Los anticonceptivos que estaban disponibles eran generalmente rudimentarios, poco confiables, caros y difíciles de obtener, y el control de natalidad regular (aparte del *coitus interruptus*) era práctica exclusiva de una pequeña minoría solamente, de la cual la mayor parte pertenecía a las clases alta y media. Marie Stopes y Margaret Sanger eran niñas escolares, en tanto que Havelock Ellis era un personaje oscuro, al margen de la medicina respetable, y acosado por la policía. Los descubrimientos revolucionarios de Freud acerca de la naturaleza de la sexualidad humana eran tratados todavía, excepto por un pequeño grupo de adeptos, con desprecio o burla. En estas circunstancias, no era sorprendente que las

³⁹ *Population and World Resources*, una declaración por el Profr. M. P. Fogarty, presentada a la Unión Internacional de Estudios Sociales, 1953.

La Limitation des Naissances, por S. de Lestapis, S.J. (Spes, París, 1959).

Over-Population — Is Birth Control the Answer?, por el reverendo Arthur MacCormack (Catholic Truth Society, 1960).

⁴⁰ ¡Los católicos están de acuerdo con los comunistas al respecto!

⁴¹ "Over-Population — Is Birth Control the Answer?", por Colin Clark. (Artículo de reseña en *Family Planning*, abril, 1960.)

autoridades de la Iglesia hicieran caso omiso o condenaran francamente cualquier intimación de control de natalidad.

Pero en las modernas comunidades industriales (por lo menos en donde los protestantes predominaban), con una población más instruida y menos subordinada, con manuales baratos de técnica sexual disponibles en muchas librerías y preservativos en venta en la mayoría de las farmacias, una política sencilla de silencio o desaprobación no es suficiente. Es preciso enfrentarse a las realidades sociales, oír y contestar a los argumentos, inventar nuevas fórmulas. ¿Podemos, por ejemplo, imaginarnos al cardenal Manning participando en un debate sobre control de natalidad ante un público que abarcara a toda la nación, como lo hizo el Obispo Católico de Salford en un programa de televisión en 1959?

Otro aspecto relacionado de este problema es la manera en que las Iglesias Cristianas se han enfrentado generalmente a toda la cuestión del sexo en el mundo moderno. Hoy día es probable que sólo una pequeña minoría de clérigos obscurantistas y puritánicos (como en España o Irlanda) sigan considerando al instinto sexual como una cosa sórdida y degradante, y hay una apreciación mucho más amplia por parte de todas las Iglesias de que puede haber finalidades secundarias (algunos afirman que de igual importancia) en el matrimonio, aparte de la procreación de hijos.⁴² "El sexo es un factor donado por Dios en la vida del género humano, y sus funciones son, por consiguiente, esencialmente nobles y creativas", dice un reporte de la Conferencia de Lambeth de 1930.⁴³ "Las relaciones sexuales (dentro del matrimonio) . . . son lícitas, honorables, moralmente buenas, y pueden ser meritorias", escribe el jesuita, padre Davis.⁴⁴

Tal vez Freud siga siendo una palabra desagradable para algunos teólogos (en toda la extensa literatura católica leída por el autor sobre sexo, control de natalidad, y la familia, el nombre de Freud casi nunca

⁴² La evolución de la doctrina tanto de las Iglesias Protestantes como de la Católica ha sido marcadamente similar por lo que a esta cuestión se refiere. La opinión tradicional era que el placer sexual dentro del matrimonio era hasta cierto punto pecaminoso (aun cuando sólo fuese venialmente) y que la única finalidad del matrimonio era la procreación de hijos. La opinión más reciente es que la "ayuda mutua" (una frase general que abarca a una multitud de maneras en que los cónyuges pueden ayudar y dar gusto uno al otro) es también una parte esencial del contrato matrimonial. Los más recientes manuales católicos sobre el matrimonio insisten que una relación sexual feliz y mutuamente satisfactoria puede ser un factor importante en mantener la unión entre los esposos y así impedir el divorcio.

⁴³ *Marriage and Birth Control*, p. 10, por el muy reverendo A. A. David y el muy reverendo M. B. Furse (James Nisbet, c. 1930).

⁴⁴ *Moral and Pastoral Theology*, vol. IV, p. 243, por el reverendo Henry Davis, S.J. (Sheed & Ward, 1948.)

se mencionaba), pero no cabe duda que su influencia en ciertos aspectos de la enseñanza religiosa ha sido considerable. ¿Qué podría estar más impregnado de freudianismos, por ejemplo, que el siguiente extracto de un libro sobre el matrimonio cristiano por el jesuita, padre J. Leycester King?

El sexo y sus inferencias tienen, de hecho, una importancia y significado ineludibles para la sociedad y la personalidad humana individual, y el no reconocerlo sólo puede conducir al error y al desastre. El sexo no es, por decirlo así, un aspecto separable de la naturaleza humana, más bien es el caso que el sexo es de algún modo pertinente a todos los aspectos de la naturaleza humana, y que apenas si hay una sola faceta de la complejidad del hombre que pueda comprenderse adecuadamente sin él.⁴⁵

El tercer factor importante que incita a las autoridades de la Iglesia a adoptar una nueva actitud hacia el problema es la realización paulatina por los que están en contacto más íntimo con las realidades de la vida familiar, y no simplemente viviendo una vida claustrada con su exégesis de la Biblia ⁴⁶ y los textos de los Padres de la Iglesia, de que las presiones sociales estaban resultando más fuertes que los edictos episcopales por lo que atañe al anticoncepcionismo. “El movimiento en pro del control de natalidad se ha establecido casi sin tomar en cuenta los pronunciamientos eclesiásticos”, reconocen los autores de *The Family in Contemporary Society*,⁴⁷ en tanto que el padre Alan Keenan, en su Prefacio a un librito sobre limitación familiar, de amplia circulación, habla de una “crisis” en la Iglesia porque “la Iglesia condena el control de natalidad y algunos católicos usan anticonceptivos”.⁴⁸ En los Estados Unidos, el jesuita, padre Reiner, habla de que la “herejía” del anticoncepcionismo ha hecho “progresos aterradores” que ponen a la Iglesia Católica Apostólica Romana en “peligro de quebrantamiento”.⁴⁹

El grado en que esta “herejía” se haya difundido depende naturalmente del rigor de las reglas de la Iglesia particular, los poderes —clericales o laicos— de que la Iglesia puede disponer para hacer cumplir sus

⁴⁵ *Two in One Flesh: An Introduction to Sex and Marriage*, p. XIII, por el reverendo E. C. Messenger. (Sands, 1948.)

⁴⁶ Por ejemplo, el debate sobre si Onán fue castigado por haber “derramado su semen sobre el suelo” o por haber desobedecido a la ley del levirato de los judíos del Viejo Testamento.

⁴⁷ *The Family in Contemporary Society*, p. 13 (S.P.C.K., 1958).

⁴⁸ *Family Limitation*, p. 8, por John Ryan, M.B., B.S., F.R.C.S., F.I.C.S., con un Prefacio por Alan Keenan, O.F.M. (Sheed & Ward, 1957.)

⁴⁹ *The Rhythm of Sterility and Fertility in Women*, por Leo J. Latz (Latz Foundation, Chicago, 1939). Prefacio por Joseph Reiner, S.J.

edictos, y la clase de sociedad en que la Iglesia funciona. Así, entre las comunidades protestantes de la Gran Bretaña, los Estados Unidos o el norte de Europa, el problema tal vez afecte sólo a una minoría piadosa, y aun para ellos es posible que la doctrina sea tan relajada y vaga como para permitir una amplia interpretación individual, en tanto que en España, Italia o la República de Irlanda, la influencia combinada de la Iglesia y el Estado puede ser realmente muy fuerte.⁵⁰ Claramente también, el problema sería muy diferente entre, digamos, una simple población de aldea en Portugal en comparación con una población cosmopolita urbanizada en Nueva York o Londres.⁵¹

El que las autoridades de la Iglesia Católica tienen buenos motivos por alarmarse se deduce de la evidencia —directa e indirecta— que proviene de comunidades muy diversas.

En tres países del sur de Europa, la tasa de natalidad se ha reducido en los últimos treinta años como sigue:

Tasa de Natalidad en Italia, España y Portugal

Año	Italia	España	Portugal
1920-4	30.1	30.0	33.0
1930-4	24.5	27.5	29.3
1956	18.1	20.7	22.9

En la República de Irlanda las clases profesionales más altas están limitando sus familias mucho más que las clases obreras, como se puede apreciar de la siguiente tabla:

⁵⁰ No sólo, como se ha explicado previamente, puede estar prohibida por ley la venta de anticonceptivos, sino que los sacerdotes locales a menudo tratan de asegurarse de que no se está haciendo caso omiso de sus advertencias, mediante, por ejemplo, preguntas discretas dirigidas a jóvenes parejas casadas, sin hijos, sobre las razones que les hayan impedido iniciar una familia.

⁵¹ Los sacerdotes católicos se preocupan particularmente por el peligro de la contaminación de sus greyes en comunidades mixtas de protestantes y católicos. Por ejemplo, el padre Keenan en su Prefacio a *Family Limitation*, señala que los católicos en la Gran Bretaña y los Estados Unidos son sólo una minoría de la población viviendo en una sociedad fundada en gran parte sobre principios contrarios a lo que ellos creen. "Pero deben respirar su aire", dice, "compartir su vida, buscar sus recompensas, aceptar sus responsabilidades, resistir a sus presiones sociales y aceptar su punto de vista. Como participantes en esta sociedad, son amoldados implacablemente por sus medios masivos de comunicación. Como otros ciudadanos, tienen el mismo deseo de conformarse al grupo, ser buenos ingleses o norteamericanos, desviándose lo menos posible de la práctica social aceptada". *Family Limitation*, p. 6, por John Ryan, M.B. B.S., F.R.C.S., F.I.C.S.; prefacio por Alan Keenan, O.F.M.

Número de hijos nacidos por 100 mujeres casadas (entre 20 y 34 años de edad cuando se casaron) en la República de Irlanda, 1946 ⁵²

Grupo social (no agrícola)	Número
Profesionistas altos	286
Profesionistas bajos	358
Patrones y gerentes	343
Obreros calificados	401
Obreros comunes	434

Esta evidencia, por supuesto, es sólo indirecta —podría ser que en estos países o entre los miembros de determinadas profesiones la tasa de natalidad variase por otras razones, aparte del control de natalidad— pero hay pruebas más directas de que un número cada vez mayor de católicos están practicando el anticoncepcionismo. Por ejemplo, en la Gran Bretaña el informe oficial llamado: *Report on Family Limitation* ⁵³ calcula que los siguientes por cientos de católicos están haciendo uso de medios anticonceptivos:

Fecha de matrimonio	Por ciento de mujeres católicas de la muestra usando métodos de control de natalidad
1900-9	0
1910-9	21
1925-9	32
1935-9	46
1940 y después	39

El Dr. Eustace Chesser, en su encuesta sobre las relaciones matrimoniales de las mujeres inglesas, halló que el 47% de su muestra de mujeres católicas casadas utilizaban control de natalidad, y que el 39% de las católicas solteras pensaban que ellas deberían utilizarlo. ⁵⁴ Slater y Woodside, en su estudio del matrimonio entre las clases obreras urbanas, con-

⁵² *Report of the Commission on Emigration and Other Population Problems*, 1948-54, p. 96 (Stationery Office, Dublin).

En la Gran Bretaña, la Comisión Real sobre Población, *Report*, párrafo 72 (H.M.S.O., 1949) comenta: "...los católicos que pertenecen a diferentes grupos clasificados según su ocupación, parecen diferenciarse por lo que se refiere al tamaño de la familia de modo muy similar al de los no católicos".

⁵³ *Papers of the Royal Commission on Population*, vol. I, p. 81 (H.M.S.O., 1949).

⁵⁴ *The Sexual, Marital and Family Relationships of the English Women*, por el Dr. Eustace Chesser, Joan Maizels, Leonard Jones y Brian Emmet (Hutchinson, 1956).

cluyeron: "...la evidencia en casi todos los casos sugiere que, por lo que al anticoncepcionismo se refiere, la Iglesia Católica, por lo menos en las áreas urbanas, está destinada a perder la batalla".⁵⁵

En los Estados Unidos en el decenio de 1930, Himes encontró que aproximadamente la cuarta parte de las pacientes en clínicas de control de natalidad en Baltimore, Cleveland y Newark eran católicas, aunque estos últimos sólo representaban entre el tercio y la mitad de la población de estas ciudades.⁵⁶ Latz cita figuras para demostrar que entre 1921 y 1928 el 36% de los usuarios de las clínicas de control de natalidad de Nueva York y Chicago eran católicos. "...nosotros los católicos estamos proporcionando más de nuestra cuota de clientes", lamentó él.⁵⁷ Más recientemente, una investigación de las prácticas anticonceptivas de un sector representativo de las mujeres blancas casadas entre 18 y 39 años de edad demostró que aun entre aquellas esposas católicas que asistían con regularidad a la iglesia, el 26% estaban empleando métodos de control de natalidad prohibidos y calificados de gravemente pecaminosos por su Iglesia.⁵⁸

En vista de estas estadísticas, no es sorprendente que el destacado publicista católico norteamericano, padre John A. O'Brien,⁵⁹ pudo escribir: "...es probable que una gran proporción, si no la mayoría (de los católicos) estén practicando ya el control de natalidad, salvando su conciencia con el argumento de que la observancia de la ley católica, como ellos la entienden, es moralmente imposible", o que el padre Andrew Meck⁶⁰ (ahora Obispo Católico de Salford) puede decir: "...entre los católicos, aunque en menor grado que entre los no católicos, ha habido una notable reducción de la fecundidad, y parece haber muy poca duda de que, en una forma u otra, se está adoptando la limitación familiar como regla".

En el pasado, las Iglesias Cristianas se han enfrentado a otras crisis provocadas por el progreso de la ciencia, pero en cierta forma resultaba

⁵⁵ *Patterns of Marriage: A Study of Marriage Relationships in the Urban Working Classes*, p. 210, por Eliot Slater y Moya Woodside (Cassell, 1951).

⁵⁶ *Medical History of Contraception*, por Norman E. Himes, p. 415 (Allen & Unwin, 1936).

⁵⁷ *The Rhythm of Sterility and Fertility in Women*, por Leo J. Latz, p. 149 (Latz Foundation, Chicago, 1939).

⁵⁸ *Family Planning, Sterility and Population Growth*, p. 174, por Ronald Freedman, Pascal K. Whelpton y Arthur A. Campbell (McGraw Hill, Nueva York, 1959).

⁵⁹ *Homiletic and Pastoral Review*, mayo, 1933. "Birth Control and Catholic Leakage", por John O'Brien.

⁶⁰ *The Family and the Future*, p. 37, por Andrew Beck (Catholic Social Guild, Oxford, 1948).

más sencillo para los teólogos lidiar con los problemas que surgían entonces, porque estaban relacionados (por lo menos, al principio) con la teoría más bien que con la aplicación práctica del descubrimiento científico, y afectaban las creencias de una minoría instruida más bien que las de la mayoría de la población. Es de suponerse que el hombre medio del siglo XVI en Italia no se haya preocupado mucho sobre si el sol daba vueltas a la tierra, o a la inversa, y que la mayoría de la gente del siglo XIX en Inglaterra no haya padecido muchos insomnios por la discusión de si descendían de los simios o los ángeles. Estos eran puntos de debate para los expertos, y ciertamente no representaban, excepto para unos pocos individuos, cuestiones graves y apremiantes de ética y moralidad. En fin de cuentas, las Iglesias Cristianas —con excepción de los fundamentalistas— hicieron las paces con “herejes” como Galileo y Darwin; y la nueva astronomía y la nueva evolución ya han encontrado su lugar dentro de los amplios pliegues de la teología moderna.

Pero cuando el descubrimiento científico toca íntimamente las vidas de las familias comunes, y cuando las normas cotidianas de conducta y compartimiento humanos están comprometidas, entonces el dilema desde el punto de vista de la Iglesia es mucho más crítico. Este es el caso particularmente en cualquier discusión de moralidad sexual, ya que el tema está rodeado de tanta emoción, cercado por tantas creencias tradicionales, y cargado históricamente con un fardo tan pesado de ansiedad y sentimiento de culpa. En la extraña zona fronteriza en que se encuentran el sexo y la metafísica, no es sorprendente descubrir que los sociólogos y teólogos están a menudo en desacuerdo —deberán ir mucho más lejos antes de poderse reunir en un terreno común.

92

Resistencia al control de natalidad dentro de la profesión médica

Durante muchas décadas, los proponentes del control de natalidad tuvieron que combatir a los portavoces de la religión organizada. Sería agradable poder informar que en esta lucha los partidarios del control tuvieron el apoyo de la medicina organizada, pero no sucedió así. Algu-

Angustia después de Juan

PAPELES DEL VATICANO

De los reportes de la Comisión Papal de Estudio (1966)
y de *Humanae Vitae* (1968)

Al morir el Papa Juan XXIII en 1963, le sucedió Pablo VI en el Papado. En esa fecha las perspectivas de que la Iglesia acabara por aceptar alguna forma de anticoncepcionismo parecían buenas. El Papa Juan había hecho hincapié repetidas veces en la primacía de la conciencia individual. "Todo ser humano tiene el derecho de honrar a Dios de acuerdo con los dictados de una conciencia recta", había dicho en una ocasión, y muchos católicos piadosos interpretaron esto como una licencia de ir más allá de los modos de pensar tradicionales. El canónigo Janssens de Louvain había denunciado el método del ritmo porque destruía el "abandono total y mutuo" que debería caracterizar el acto sexual. El clero católico de los Países Bajos recomendaba anticonceptivos abiertamente a sus feligreses. La Iglesia parecía estar al borde de un cambio.

Con la sucesión del Papa Pablo, sin embargo, no tardó en hacerse aparente que las reformas institucionales iniciadas durante el reinado de su predecesor proseguirían a un ritmo mucho menos acelerado. Mientras la población del mundo seguía duplicándose cada 35 años, el Vaticano trató el problema del control de natalidad con una premeditación glacial. Una Comisión Papal de Estudio fue nombrada, y posteriormente ampliada. El 26 de junio de 1966, entregó su informe al Pontífice.

Más de nueve meses transcurrieron sin que saliera ninguna declaración de Roma. Durante este lapso la población del mundo aumentó en 54 millones —algo más que la población de Italia. Luego el informe se filtró al exterior. Se prepararon traducciones extraoficiales del latín, las cuales se publicaron primero en el hemisferio occidental en el **National Catholic Reporter**, una publicación laica en Kansas City. Se presentan extractos significativos en I y II a continuación.

El Pontífice guardó silencio durante quince meses más. Durante este período la población del mundo aumentó en 100 millones adicionales —aproximadamente la población del Japón. El 29 de julio de 1968, el Papa Pablo divulgó una encíclica intitulada: **Hu-**

manae Vitae ("De la Vida Humana"). Porciones de ésta se encuentran reproducidas en III abajo. Con esta declaración el Papa intentó devolver la Iglesia a su posición de 1930, antes de Rock, antes de la Píldora y antes de Juan.

Desde la declaración del Papa Pablo el 29 de julio de 1968, la población del mundo ha incrementado en...

I. Del Informe de la Mayoría, Comisión Papal, 1966

En cumplimiento de su misión, la Iglesia debe proponer normas obligatorias de vida humana y cristiana del depósito de la fe en un diálogo abierto con el mundo. Pero ya que nunca es posible detallar en todas sus particularidades concretas las obligaciones morales, siempre debe desempeñar un papel la responsabilidad personal de cada individuo. Esto está aún más evidente hoy día debido al carácter complejo de la vida moderna; las normas morales concretas a seguir no deben ser llevadas al extremo.

LOS VALORES FUNDAMENTALES DEL MATRIMONIO

Una pareja debería considerarse ante todo una comunidad de personas que tiene en sí el comienzo de nueva vida humana. Por ende, aquellas cosas que fortalecen y hacen más profunda la unión de las personas dentro de esta comunidad nunca deben de separarse de la finalidad procreativa que especifica la comunidad conyugal.

Dios creó al hombre y a la mujer para que, unidos en los lazos de la vida, pudieran perfeccionarse uno a otro a través de una entrega mutua, corpórea y espiritual, y que pudieran preparar cuidadosamente a sus hijos, frutos de este amor, para una vida verdaderamente humana.

PATERNIDAD RESPONSABLE Y LA REGULACIÓN DE LA CONCEPCIÓN

La paternidad responsable —mediante la cual las personas casadas se proponen observar y cultivar los valores esenciales del matrimonio con vistas al bienestar de las personas (el bienestar del niño a educar, de las parejas mismas, y de toda la sociedad humana)— es una de las condiciones y expresiones de una verdadera castidad conyugal. Porque el amor genuino, enraizado en la fe, la esperanza y la caridad, debería inspirar toda la vida y acción de una pareja. Por la fuerza de esta castidad la pareja tiende hacia la actuación de ese amor verdadero precisamente porque es conyugal y fructífero. Aceptan generosa y prudentemente su

tarea con todos sus valores, combinándolos del mejor modo posible, de acuerdo con las circunstancias particulares de su vida y a pesar de las dificultades.

La regulación de la concepción aparece como necesaria a muchas parejas que desean lograr una paternidad responsable, abierta y razonable en las circunstancias actuales. Si han de observar y cultivar todos los valores esenciales del matrimonio, las personas casadas necesitan medios decentes y humanos para la regulación de la concepción. Deberían poder esperar la colaboración de todos, especialmente de los hombres de erudición y ciencia, a fin de que puedan tener a su disposición medios agradables y dignos del hombre para alcanzar su paternidad responsable.

La moralidad de los actos sexuales entre personas casadas adquiere su significado primordial y específicamente del ordenamiento de sus acciones en una vida conyugal fructuosa, es decir, una en que se practica la paternidad responsable, generosa y prudente. No depende de la fecundidad directa de cada uno y todos los actos particulares.

II. *Del Informe de la Minoría, Comisión Papal, 1966*

La iglesia entiende por anticoncepcionismo cualquier uso del derecho matrimonial en cuyo ejercicio el acto se priva de su poder natural para la procreación de la vida a través de la actividad del hombre. La esterilización anticonceptiva puede definirse teológicamente como **cualquier** intervención física en el proceso generativo (*opus naturae*) que, antes o después de la colocación correcta de actos generativos (*opus hominis*), causa que estos actos sean privados de su poder natural para la procreación de la vida a través de la actividad del hombre.

Debe notarse que entre 1816 y 1829 la Santa Sede a través de la Curia Romana contestó a preguntas sobre este asunto 19 veces. Desde entonces ha hablado con casi la misma frecuencia. En las respuestas dadas, se dio a entender por lo menos implícitamente que el anticoncepcionismo era siempre gravemente inicuo.

La historia proporciona la evidencia más completa de que la respuesta de la iglesia ha sido siempre y en todos los lugares la misma. La historia teológica del anticoncepcionismo es suficientemente sencilla, por lo menos por lo que atañe a la pregunta central: ¿Es siempre gravemente inicuo el anticoncepcionismo? Porque en la contestación a esta pregunta nunca ha habido ninguna variación y casi ninguna evolución de la enseñanza al respecto. Los modos de formular y explicar esta enseñanza han evolucionado, pero no la doctrina en sí.

Asimismo, no se ha sostenido que el anticoncepcionismo es inicuo porque Dios ha dicho "Fructificad y multiplicad", sino porque se le ha considerado de algún modo análogo al homicidio. En toda época está perfectamente evidente que el anticoncepcionismo ofende contra el precepto negativo: "No se permite que uno prive al acto conyugal de su poder natural para la procreación de nueva vida."

¿POR QUÉ NO PUEDE LA IGLESIA CAMBIAR SU RESPUESTA?

La Iglesia no puede cambiar su respuesta *porque esta respuesta es correcta*. Independientemente de lo que concierne a una formulación más perfecta de la enseñanza o su posible desarrollo genuino, la enseñanza en sí no puede no ser substancialmente correcta. Es correcta porque la Iglesia Católica, instituida por Cristo para indicar a los hombres un camino seguro hacia la vida eterna, no pudo haber errado tan gravemente durante todos esos siglos de su historia. La Iglesia no puede errar substancialmente al enseñar una doctrina que es de importancia muy seria para la fe y la moralidad, a través de todos los siglos o aun un siglo solo, si se le ha constantemente y forzosamente propuesto como algo que hay que seguir necesariamente a fin de obtener la salvación eterna. La Iglesia no pudo haber errado a través de tantos siglos, ni siquiera a través de un siglo, al imponer bajo seria obligación fardos muy pesados en el nombre de Jesucristo, si Jesucristo no haya realmente impuesto estos fardos. La Iglesia Católica no pudo haber proporcionado en nombre de Jesucristo a tantos fieles en todos los lugares del mundo, a través de tantos siglos, la ocasión del pecado formal y la ruina espiritual, por causa de una doctrina falsa promulgada en nombre de Jesucristo.

Si la Iglesia pudiera errar de tal manera, la autoridad del magisterio ordinario en cuestiones morales sería puesta en duda. Los fieles no podrían confiar en la presentación por el magisterio de enseñanzas morales, especialmente en cuestiones sexuales.

III. *De la Humanae Vitae del Papa Pablo, 1968*

Estos actos, por los cuales marido y mujer se unen en una intimidad casta y por medio de los cuales se transmite la vida humana, son, como lo recordó el concejo, "nobles y dignos", y no dejan de ser lícitos si, por causas independientes de la voluntad de marido y mujer, se prevé que serán infecundos, ya que siempre permanecen establecidos para la expresión y consolidación de su unión. De hecho, como lo atestigua la evidencia, no todos los actos conyugales son seguidos por una nueva vida. Dios

ha dispuesto sabiamente leyes y ritmos naturales de fecundidad que, en sí mismos, causan una separación en la sucesión de nacimientos. No obstante, la Iglesia, llamando a los hombres a que regresen a la observancia de las normas de la ley natural, como la interpreta su doctrina constante, enseña que cada uno y todos los actos matrimoniales (*"quilibet matrimonii usus"*) deben permanecer abiertos a la transmisión de la vida.

Una vez más debemos declarar que la interrupción directa del proceso generativo ya empezado, y, sobre todo, el aborto directamente deseado y ocasionado, aun por razones terapéuticas, deben ser absolutamente excluidos como medios lícitos de regular la natalidad.

A excluirse igualmente, como la autoridad docente de la Iglesia ha declarado frecuentemente, es la esterilización directa, que sea perpetua o temporal, ya sea del hombre o de la mujer. Igualmente excluida queda toda acción que, ya sea en anticipación del acto conyugal o en su cumplimiento, o en el desarrollo de sus consecuencias naturales, propone, ya sea como una finalidad o un medio, volver imposible la procreación.

Para justificar actos conyugales vueltos intencionalmente infecundos, uno no puede invocar como razones válidas el mal menor, o el hecho de que tales actos constituirían un todo junto con los actos fecundos ya cumplidos o a seguir después, y que, por ende, compartirían la misma calidad moral positiva. En verdad, si es a veces lícito tolerar un mal menor a fin de evitar un mal mayor o a promover un bien mayor, no es lícito, ni por los motivos más graves, hacer el mal a fin de que el bien pueda derivarse de él; es decir, convertir en el objeto de un acto positivo de la voluntad algo que es intrínsecamente desorden y, por ende, indigno de la persona humana, aun cuando la intención sea la de salvaguardar o promover el bienestar individual, familiar o social.

Por consiguiente, es un error pensar que a un acto conyugal vuelto deliberadamente infecundo y así intrínsecamente deshonesto se le podría volver honesto y recto por el conjunto de una vida conyugal fecunda.

Si... existen serios motivos por espaciar los nacimientos, que derivan de las condiciones físicas o psicológicas de marido o mujer, o de condiciones externas, entonces la Iglesia enseña que es lícito tomar en cuenta los ritmos naturales inherentes en las funciones generativas, para el uso del matrimonio en los periodos infecundos solamente, y de este modo regular los nacimientos sin ofender los principios morales que han sido recordados ya.

La Iglesia es coherente consigo misma cuando considera como lícito el recurso a los periodos infecundos, a la vez que condena, como ilícito siempre, el uso de medios directamente contrarios a la fecundación, aun si este uso está motivado por razones que tal vez parezcan honradas

y serias. En realidad, hay diferencias esenciales entre los dos casos: en el primero, la pareja casada aprovecha en forma legítima una disposición natural; en el último, obstaculiza el desarrollo de procesos naturales. Es verdad que, en uno y otro caso, la pareja casada concuerda en la voluntad positiva de evitar hijos por razones plausibles, buscando la certidumbre de que la progenie no llegará; pero también es verdad que sólo en el primer caso son capaces de renunciar al uso del matrimonio en los períodos fecundos, cuando, por razones justificadas, la procreación no es deseable, a la vez que hacen uso de él durante los períodos infecundos para manifestar su cariño y salvaguardar su fidelidad mutua. Al hacerlo, dan prueba de un amor verdadera e íntegramente honrado.

GRAVES CONSECUENCIAS DE MÉTODOS DE CONTROL
ARTIFICIAL DE NATALIDAD

Los hombres probos pueden convencerse mejor aún de los sólidos fundamentos en que se basa la enseñanza de la iglesia en esta esfera si están dispuestos a reflexionar sobre las consecuencias del control artificial de natalidad. Que consideren, primero, cuán amplio y fácil sería el camino que de este modo se abriría hacia la infidelidad conyugal y el deterioro general de la moralidad. No se requiere mucha experiencia para conocer la debilidad humana, y comprender que los hombres —especialmente los jóvenes, que son tan vulnerables en este sentido— tienen necesidad de incentivos para mantenerse fieles a la ley moral, de modo que no se les debe de ofrecer ningún medio fácil de eludir su observancia. Es de temerse también que el hombre que se acostumbra a la utilización de prácticas anticonceptivas pueda finalmente perder el respeto a la mujer y, ya indiferente a su equilibrio físico y psicológico, pueda llegar al grado de considerarla como un mero instrumento de gratificación egoísta, y ya no como su compañera amada y respetada.

Que se considere también que de este modo se pondría un arma peligrosa en manos de aquellas autoridades públicas que hacen caso omiso de las exigencias morales. ¿Quién podría culpar a un gobierno por aplicar a la solución de los problemas de la comunidad aquellos medios reconocidos como lícitos para las parejas casadas en la solución de un problema familiar? ¿Quién impedirá que los gobernantes favorezcan, o hasta impongan a sus pueblos, si llegan a considerarlo necesario, el método anticonceptivo que juzguen ser el más eficaz? De este modo los hombres, deseando evitar dificultades individuales, familiares o sociales, encontradas en el acatamiento de la ley divina, llegarían al grado de poner a la merced de la intervención de autoridades públicas la parte más personal y más reservada de la intimidad conyugal.

LA CREACIÓN DE UNA ATMÓSFERA PROPICIA
A LA CASTIDAD

En esta ocasión, deseamos llamar la atención de los educadores, y de todos los que cumplen tareas de responsabilidad por lo que respecta al bien común de la sociedad humana, hacia la necesidad de crear una atmósfera propicia a la educación en la castidad, es decir, al triunfo de la libertad sana sobre la licencia por medio del respeto del orden moral.

LLAMADO A LAS AUTORIDADES PÚBLICAS

A los gobernantes, que son los principales responsables del bien común, y que pueden mucho para salvaguardar las costumbres morales, decimos: No permitan que la moralidad de sus pueblos se degenere; no permitan que por medios legales se introduzcan prácticas contrarias a la ley natural y divina al interior de esa célula fundamental, la familia. Muy diferente es la manera en que las autoridades públicas pueden y deben contribuir a la solución del problema demográfico: esto es, por medio de una política providente para la familia, de una educación juiciosa de los pueblos en el respeto de la ley moral y la libertad de los ciudadanos.

100

La población del Japón

DAVID CUSHMAN COYLE

1887-

Population Bulletin, 15(7):119-136

1959

La derrota quitó los bríos a la política de expansión. Estaba claro que el pueblo japonés no tenía a dónde ir, y por añadidura unos 3.5 millones que habían estado viviendo en el extranjero en áreas controladas por los japoneses fueron devueltos a la patria donde tuvieron que buscar empleos junto con los millones de soldados repatriados. Además, las ma-

Y ser un solo viajero, largo rato permanecí
 Y miré por uno hasta donde podía
 Hasta donde daba vuelta en la maleza;

Luego tomé el otro, juzgándolo igualmente hermoso
 Y tal vez con el mejor derecho,
 Porque era herboso y nada gastado;
 Aunque los que pasaban por allí
 Los habían gastado realmente casi por igual,

Y ambos esa mañana se extendían igualmente
 Con hojas que ninguna pisada había ennegrecido.
 ¡Oh, guardé el primero para otro día!
 Aunque, sabiendo cómo un camino conduce a otro,
 Dudé si regresara jamás.

Estaré contando esto con un suspiro
 Alguna parte pasados muchos años:
 Dos caminos se divergieron en un bosque, y yo—
 Tomé el menos recorrido,
 Y eso lo ha decidido todo.

118

14

El incremento del ingreso per cápita mediante la reducción de los nacimientos

STEPHEN ENKE

1916-

General Electric—TEMPO
Publicación 68 TMP-9

1968

Durante los últimos años de la década de los 60s, se ha observado con bastante frecuencia que muchos de los países menos desarrollados no se están manteniendo al paso de la carrera entre el incremento de la

producción y el incremento del número de consumidores. De hecho, la producción de alimentos en muchos países se ha incrementado menos rápidamente que el número de bocas hambrientas. Un típico país de este tipo tal vez tenga un incremento anual de su producto nacional bruto total (PNB) del 4 por ciento, y un incremento de su población del 2.5 por ciento, dando un incremento del ingreso por persona de sólo el 1.5 por ciento al año.

En la mayoría de estos países, el índice de natalidad no está en descenso. Las fecundidades para edades específicas pueden estar subiendo debido a un desperdicio reducido de los embarazos y mejores condiciones de vida. Los índices de natalidad brutos de 45 por 1 000 habitantes se acercan al máximo biológico. Los índices de mortalidad son a menudo de unos 20 por 1 000, y están descendiendo lentamente. El resultado es una duplicación de la población cada 30 y tantos años.

Una duplicación de la población normalmente no representaría una carga demasiado pesada si la dotación de capital existente y recursos naturales pudieran duplicarse a un ritmo igual. Desafortunadamente, estos países generalmente no pueden ahorrar lo suficiente cada año para duplicar sus inversiones cumulativas cada 30 años. La dotación nacional de tierra cultivable, recursos minerales conocidos, y agua utilizable no pueden incrementarse en absoluto.

Como consecuencia, un país menos desarrollado debe intentar de algún modo promover un equilibrio favorable entre los índices de 1) acumulaciones de capital por medio de inversiones anuales, 2) el incremento de la población, y 3) nuevas innovaciones que incrementan la productividad. Si el capital sólo puede incrementarse lentamente y no hay recursos utilizables todavía en reserva, el desarrollo económico requiere que el índice de innovación exceda a los incrementos de la población.¹

El efecto de las innovaciones es el de incrementar la producción que se puede obtener por unidad de trabajo, capital, o "tierra" (es decir, recursos naturales). Los incrementos de productividad atribuibles a las innovaciones se calculan en un 2.5 por ciento al año en los países avanzados. Son más bajos en la mayoría de los países pobres y atrasados —tal vez el 1.5 al año característicamente.

Los elevados índices de natalidad también dan por resultado altos índices de niños dependientes. Un país con un índice de natalidad arriba de 40 por 1 000 puede tener el 40 por ciento de su población con menos de 15 años. Estos niños pueden producir muy poco, pero sí comen

¹ Véase S. Enke, "Population and Development: A General Model", *Quarterly Journal of Economics*, febrero de 1963.

y requieren algo de ropa. Desde su nacimiento hasta la edad de 15 años los niños son consumidores pero no son productores en grado significativo.

La conclusión para los países menos desarrollados, y especialmente para los que tienen recursos naturales limitados, es que el índice de incremento natural debe reducirse considerablemente (ya que la emigración es rara vez posible en escala suficiente). A medida que los índices de mortalidad descienden, los índices de natalidad deben reducirse aún más. Un objetivo necesario y, se espera, práctico, sería una reducción de por lo menos 10 puntos en el índice de natalidad bruto en el transcurso de 10 años y de 15 puntos en el transcurso de 15 años.

Cualquier campaña gubernamental a favor de la planeación familiar voluntaria requerirá gastos por clínicas y personal, distribución y aplicación de anticonceptivos, y publicidad para apoyar la campaña. El costo directo por pareja que "acepta" el control de natalidad (según la combinación preferida de métodos para ambos sexos) podría variar entre uno y tres dólares al año.

Unas preguntas decisivas que surgen con respecto a los programas de control de natalidad financiados por el gobierno son: ¿Qué utilidades obtienen los gobiernos de sus fondos invertidos en el control de natalidad? ¿Cómo puede calcularse la utilidad? ¿Cómo compara esta utilidad con la de recursos invertidos en acerías, canales de irrigación, fábricas, y otras formas tradicionales de capital?

En algunos de los primeros trabajos de planeación económica de los países menos desarrollados se evaluó precisamente esta elección entre recursos empleados para disminuir el crecimiento demográfico (a través de programas financiados por el gobierno de control de natalidad voluntario) y recursos utilizados para acelerar la producción (a través de inversiones de capital). Los resultados indicaron que la utilidad de recursos empleados para reducir los nacimientos podría ser cien veces mayor que la de recursos empleados para incrementar la producción. Estas conclusiones se basaron en suposiciones con respecto a 1) el costo de un programa de control de natalidad, 2) la productividad del capital en la industria y la agricultura, y 3) el grado de fecundidad de las mujeres sujetas al control de natalidad, en ausencia de la misma.²

Estos increíbles índices de utilidad de los recursos de control de natalidad resultaron de una simple ecuación que representa un caso más

² Véase, por ejemplo, S. Enke, "The Gains to India from Population Control: Some Money Measures and Incentive Schemes", *Review of Economics and Statistics*, mayo de 1960; "The Economics of Government Payments to Limit Population", *Economic Development and Cultural Change*, julio de 1960; y "Some Economic Aspect of Slowing Population Growth", *Economic Journal*, marzo de 1966.

bien estático. Este no tomó suficientemente en cuenta todas las consecuencias demográficas a través de muchos años en que números variables de mujeres de diversas edades y grados de fecundidad practicarían el control de natalidad. Ni tampoco tomó en cuenta la pérdida de PNB al tener una fuerza de trabajo más reducida o la ganancia de PNB al tener más ahorro invertido como resultado de más ingreso *per cápita* con un programa de control de natalidad en operación.

Muchos gobiernos de países menos desarrollados están ahora fomentando o adoptando el control de natalidad voluntario como un elemento importante de sus planes para el desarrollo económico. Desde hace tiempo existe la necesidad de un análisis más completo de las utilidades del control de natalidad —uno que incluiría toda la dinámica demográfica y una función más completa de la producción nacional. El modelo descrito abajo hace esto a propósito de un país menos desarrollado hipotético. Los resultados tabulados por computador indican el valor de la realización de un programa de control de natalidad entre diversos grupos clasificados según la edad. Indican además que, con lo que podría ser un ritmo factible de incremento de la aceptación del control de natalidad, la utilidad obtenida de gastos por control de natalidad es de unas 25 veces después de 10 años y 50 veces después de 20 años...

Índice de Utilidad para el Programa

Los técnicos de la planeación del desarrollo económico necesitan saber cuál índice de utilidad puede esperarse de los recursos empleados para promover el control de natalidad —más bien que para construir canales de irrigación, fábricas, etc.

El costo de un programa de control de natalidad depende del número de las participantes, los métodos anticonceptivos empleados (porque éstos varían en costo y efectividad), y la presunta fecundidad de las participantes si no estuviesen practicando el control de natalidad. Se supone que la fecundidad natural de las participantes aumenta a medida que el programa gubernamental incluye cada vez más mujeres adultas más jóvenes. Aquí se supone que un costo típico es de dos dólares al año por participante, promediado con base en métodos como la píldora y el espiral. Así, si el índice anual de fecundidad por 1 000 mujeres entre los 35 y 39 años de edad es 199, el costo de la prevención de los nacimientos en las mismas es de casi diez dólares. Después de 25 años, con un creciente control de natalidad, el costo de la prevención de un nacimiento es de aproximadamente once dólares.

Un sencillo índice de utilidad no descontada puede obtenerse al dividir el ingreso extra de la población existente por el costo del creciente

control de natalidad. Aquí una vez más la utilidad cumulativa es más significativa que el índice obtenido para cualquier período dado de 5 años. A los 25 años la utilidad cumulativa basada en estas suposiciones es de unas 65 veces (véase tabla).

Estos son índices de utilidad extraordinariamente altos. Muchas inversiones alternativas en instalaciones y equipo productivos se considerarían prósperas si después de 25 años, por un cálculo similar, se les encontrara una utilidad no de 65 sino de 4 veces. Por consiguiente, los programas de desarrollo económico pueden mejorarse 15 o más veces cuando invierten en la disminución del ritmo del crecimiento demográfico más bien que en la aceleración del crecimiento de la producción.

¿Cuánto Hay Que Reducir los Nacimientos para Alcanzar el Optimo?

Puede parecer sospechoso el argumento de que un número menor de nacimientos es deseable cuando es obvio que los efectos de cero nacimientos serían muy indeseables.³ Se necesita un análisis que puede indicar cuándo unos índices de natalidad más elevados benefician una economía. Esta información adicional puede derivarse del modelo y las computaciones previamente descritas.

Para un grupo representativo de 1 000 niños nacidos en cualquier año, la contribución total a la producción puede calcularse para cada año futuro, con base en el número de supervivientes, las proporciones existentes entonces entre capital y mano de obra, el estado del arte, etc. El consumo total de los supervivientes de este millar inicial también puede calcularse año por año para el futuro. El actual valor descontado de estos flujos futuros de consumo y producción puede computarse con base en los otros resultados del modelo utilizado.

Descontando al 15 por ciento, para un niño representativo nacido el primer año, el valor descontado anticipado actualmente de su consumo futuro excede al de su producción en \$ 299 (dólares). Este niño tiene, por ende, un valor negativo en la economía de casi \$ 300 —dos veces el ingreso actual *per cápita*. (Y semejante cálculo da alguna indicación

³ El Profr. Kingsley Davis propone este argumento, en forma hasta cierto punto impertinente, en contra de los programas de planeación familiar de algunos países menos desarrollados. ¡No se necesita aplazar el nutrimiento de un hombre que se está muriendo de inanición debido a una incertidumbre en cuanto a cuál peso futuro indicará una necesidad de ponerse a dieta! Hasta que los índices de natalidad brutos hayan descendido muy por debajo de 45 por 1 000 al año, ¿habrá necesidad de decidir si deben estacionarse en 15, 20, o hasta en 25? (Véase Kingsley Davis, "Population Policy: Will Current Programs Succeed?", *Science*, 158, 10 de noviembre de 1967.)

*Índice de utilidad del costo de programas
(crecientes controles contra ningún control)*

	Cada 5 Años			Cumulativa		
	ΔY (millones de \$)	ΔC (millones de \$)	$R = \Delta Y/C$	ΔY (millones de \$)	ΔC (millones de \$)	$R = \Delta Y/C$
5 años	8.10	0.622	13	8.10	0.622	13
10 años	19.89	0.940	21	39.8	1.56	26
15 años	49.9	1.24	40	105.7	2.80	38
20 años	91.2	1.49	61	215.6	4.29	50
25 años	143.7	1.66	87	380.8	5.95	64
30 años	209.0	1.74	120	613.9	7.69	80

de cuánto, como máximo, un gobierno podría estar dispuesto a gastar en forma permanente a fin de prevenir un nacimiento.⁴)

Sin embargo, si los índices de natalidad brutos se redujesen, digamos a la mitad, durante varios decenios a partir de los niveles actuales, habría un aumento significativo del ingreso por miembro de la familia. Habría más ahorro e inversión. La mano de obra se haría más escasa en relación con el capital por esta razón y también porque la fuerza de trabajo sería más pequeña después de unos 15 años de control de natalidad de lo que habría sido sin ese control. Un producto marginal más elevado de la mano de obra significa, desde luego, que un niño representativo, nacido 15 años o más después del inicio de un programa bien logrado de reducción de la natalidad, tendrá ganancias que valen más en los términos descontados actuales que las de un niño nacido en el primer año. Después de 25 a 50 años en un típico país menos desarrollado con índices de natalidad descendentes, el actual valor neto descontado de un niño podría muy bien dejar de ser negativo y hacerse positivo.

⁴ Porque unos índices de natalidad más bajos podrían en fin de cuentas beneficiar a todas las familias (es decir, a la economía nacional), no sigue que todas las parejas adultas que tienen hijos sienten toda la fuerza de este hecho. Hay factores externos que fomentan una conducta antisocial por parte de los padres e incitan a la aplicación de economías socializantes convencionales. Específicamente, los gobiernos podrían y deberían ofrecer primas a las mujeres fecundas y expuestas que evitan el embarazo, a los hombres casados que se someten voluntariamente a la vasectomía, etc. Muchas de estas ideas han sido desarrolladas ya en otros escritos. (Véase S. Enke, *Economics for Development*, Prentice-Hall, 1963, pp. 368-385.

Los niños deben considerarse fuentes de gozo para sus padres y otros y no solamente una clase particular de activo para inversión. Seguramente el valor de un primer hijo para una familia no completamente indigente de un país menos desarrollado es normalmente doble el ingreso *per cápita* de su nación. Pero es de suponerse que para la mayoría de los padres hay algún número de hijos a partir del cual ciertamente ya no es así.

Porque un modelo indica que índices de natalidad más bajos son económicamente deseables actualmente, no sigue que bajo toda circunstancia futura estos mismos índices de natalidad seguirán siendo deseables. Obviamente no se puede pasar por alto el hecho de que un gran número de niños constituyen una fuente de utilidades. El modelo aquí descrito puede tomar en cuenta todas estas consideraciones.

La conclusión con respecto a las líneas de acción indicadas por estos cálculos *no* es que los gobiernos de los países menos desarrollados deberían concentrar sus inversiones exclusivamente en programas de control de natalidad y dejar de invertir en capital productivo, o en salud y educación.

Una razón es que la máxima participación en el control de natalidad que puede imaginarse —una que incluyera a la mitad de todas las mujeres fecundas (o sus esposos)— afectaría, cuando mucho, al 15 por ciento de la población total. A dos dólares al año por participante, el presupuesto anual que resultaría sería de 30 centavos *per cápita* de la población. En la mayoría de los países menos desarrollados, los gastos para el desarrollo económico fluctúan alrededor de diez dólares por persona cada año. Así que un programa “máximo” de control de natalidad, que incluyera a la mitad de todas las mujeres fecundas de todas las edades, no requeriría más de aproximadamente el 3 por ciento de todos los gastos para el desarrollo económico en un típico país atrasado. Aun un programa que cortara a la mitad el índice de natalidad bruto, reduciéndolo de 20 a 25 puntos por 1 000, dejaría alrededor del 97 por ciento de la mayoría de los presupuestos para el desarrollo para fines de salud y educación e inversiones reales de capital.

Hasta donde se puede incrementar la participación en el control de natalidad —tal vez al incluir alicientes económicos— los gobiernos deberían emplear todos los medios éticos para fomentar el conocimiento y la práctica de la planeación familiar en los países menos desarrollados.

20

121

Política demográfica: ¿Tendrán éxito los programas actuales?

KINGSLEY DAVIS

1908-

Science, 158:730-739

1967

En toda época de la historia el crecimiento de la población se ha identificado con la prosperidad y la fuerza. Si hoy día un número cada vez mayor de naciones están tratando de limitar el crecimiento rápido de su población al reducir los índices de natalidad, deben ser impulsadas a ello por una crisis urgente. No es mi propósito aquí discutir la crisis en sí, sino más bien evaluar las medidas actuales y venideras empleadas para resolverla. A la mayoría de los observadores los sorprende la rapidez con que la preocupación por el problema demográfico se ha transformado de análisis y debate en política y acción. Esta acción representa un cambio muy bien recibido de la larga oposición, o timidez, que parecía obstaculizar para siempre cualquier tentativa por parte de los gobiernos de restringir el crecimiento demográfico, pero el alivio que se experimenta porque "por fin se está haciendo algo" no es ninguna garantía de que ese algo sea adecuado. A simple vista, uno podría difícilmente esperarse a que una reorientación tan fundamental fuese realizada rápidamente y con éxito. Por consiguiente, yo propongo analizar la naturaleza y (como yo las veo) las limitaciones de las políticas actuales y sugerir unas vías de posible mejoramiento.

La Naturaleza de las Políticas Actuales

Con más de 30 naciones actualmente tratando o proyectando reducir su crecimiento demográfico y con numerosas organizaciones privadas e internacionales proporcionando ayuda, el grado de unanimidad en cuanto a la clase de medidas requeridas es impresionante. El consenso puede resumirse con la frase "planeación familiar". El Presidente Johnson de-

claró en 1965 que los Estados Unidos "ayudará a programas de planeación familiar en naciones que solicitan esta ayuda". El Primer Ministro de la India dijo un año después: "Debemos ir hacia adelante con la planeación familiar. Este es un programa de la máxima importancia." La República de Singapur creó en 1966 el Concejo de Planeación Familiar y Población de Singapur "para iniciar y emprender programas de control demográfico".¹

Como es bien sabido, "planeación familiar" es un eufemismo por anticoncepcionismo. Por ende, la técnica de limitación demográfica conocida como planeación familiar se basa en el suministro de anticonceptivos nuevos y eficientes en escala nacional a través de programas masivos patrocinados por los organismos de salubridad pública. La naturaleza de estos programas es demostrada por el siguiente reporte entusiasta del Concejo de Población:²

Ningún otro año ha visto tantos pasos hacia adelante en el control demográfico como 1965. Por fin han surgido programas nacionales efectivos, organizaciones internacionales han decidido comprometerse, un nuevo anticonceptivo ha demostrado su valor en aplicación masiva... y encuestas han confirmado la existencia de un deseo popular de limitación familiar...

Una relación de los acontecimientos notables debe comenzar con Corea y Taiwán... El programa de Taiwán se inició hace menos de dos años, y ya ha logrado insertar un dispositivo intrauterino para 4-6 mujeres-blancas (las que no están embarazadas, dando de mamar, ya estériles, ya empleando anticonceptivos efectivamente, o deseosas de más hijos). Corea ha logrado un progreso casi igual... ha puesto en acción en la campaña a 2 200 trabajadores de tiempo completo... ha alcanzado niveles funcionales para una red de cuotas de dispositivos intrauterinos, líneas de abastecimiento, fabricación local de anticonceptivos, adiestramiento de centenares de médicos y enfermeras, y propaganda masiva...

Aquí se pueden ver la inferencia de que el "control demográfico" está siendo realizado a través de la diseminación de nuevos anticonceptivos, y el hecho de que las mujeres-blancas excluyen a las que desean más hijos. Se pueden notar también el énfasis tecnológico y la orientación médica.

¿Cuál es la falla de tales programas? La respuesta es: "Ninguna en absoluto, si funcionan." Si funcionan o no depende de lo que se espera que logren y también de la manera en que intentan lograrlo. Hablemos primero del objetivo, luego de los medios.

¹ *Studies in Family Planning*, N° 16, 1967.

² *Studies in Family Planning*, N° 9, 1966, p. 1.

Objetivos

Cosa curiosa, es difícil de encontrar en el movimiento de política demográfica alguna discusión explícita de objetivos de largo alcance. Por inferencia las políticas parecen prometer mucho. Esto se demuestra en el uso de expresiones como "control demográfico" y "planeación demográfica" (como en los pasajes citados arriba). Se demuestra también en el característico estilo de razonamiento. Las exposiciones de política actual suelen iniciarse con lamentos acerca de la rapidez y las consecuencias del crecimiento demográfico irrefrenado. Este crecimiento, se declara después, debe restringirse —al aplicar un vigoroso programa de planeación familiar. Parece darse por sentado que la planeación familiar puede resolver el problema del crecimiento demográfico.

Por ejemplo, la declaración muy difundida de 12 jefes de estado, emitida por el secretario general U Thant el 10 de diciembre de 1966 (declaración iniciada por John D. Rockefeller III, presidente del Consejo de Población), dedica la mitad de su espacio a una discusión de los efectos dañinos del crecimiento demográfico y la otra mitad a una recomendación de la planeación familiar.³ Un ejemplo más sucinto del razonamiento característico se encuentra en el Proyecto Provisional para un Programa de Planeación Familiar en Escala Nacional en Ceilán:⁴

La población de Ceilán está aumentando rápidamente... Las estadísticas revelan que una situación grave se creará dentro de unos pocos años. A fin de hacer frente a ella, el Gobierno debería emprender un programa de Planeación Familiar en escala nacional.

El objetivo prometido —la limitación del crecimiento demográfico de modo a resolver los problemas poblacionales— es una empresa considerable. Se supondría que sería analizado cuidadosamente, pero, al contrario, es dejado en forma imprecisa y dado por entendido, lo mismo que la manera en que la planeación familiar lo logrará.

Los términos *control demográfico* y *planeación demográfica* son engañosos cuando se les emplea como sinónimos de programas actuales de planeación familiar, cosa que ocurre frecuentemente. Técnicamente, significarían una influencia premeditada en todos los atributos de una población, incluso en su estructura por edades y sexos, distribución geográfica, composición racial, calidad genética, y tamaño total. Ningún

³ La declaración aparece en *Studies in Family Planning*, 1:1, y en *Population Bulletin*, 23 (1967):6.

⁴La declaración está citada en *Studies in Family Planning*, 1:2.

gobierno intenta ejercer un control tan completo. Por acuerdo tácito, las políticas demográficas actuales se ocupan sólo del *crecimiento y tamaño* de las poblaciones. Estos atributos, sin embargo, resultan del índice de mortalidad y la migración, lo mismo que del índice de natalidad; para controlarlos se necesitaría influir premeditadamente en los factores que producen estos tres determinantes. En realidad, las políticas actuales clasificadas como control demográfico no se ocupan de la mortalidad ni la migración, sino sólo de la contribución de la natalidad. Esto explica por qué se emplea frecuentemente otro término, *control de fecundidad*, para describir las políticas actuales. Pero, como demostraré más adelante, la planeación familiar (y por ende la política actual) no intenta influir en la mayoría de los determinantes de la reproducción humana. Por consiguiente, a los programas no se les debe de calificar de control demográfico o planeación demográfica, porque no intentan influir en los factores responsables de los atributos de las poblaciones humanas, tomados en forma general; ni tampoco deberían llamarse control de fecundidad, porque no tratan de afectar a la mayoría de los determinantes de las funciones reproductoras.

La ambigüedad no termina aquí, sin embargo. Cuando se habla del control del tamaño de la población, cualquier persona inquisitiva pregunta naturalmente: ¿En qué consiste el "control"? ¿Quién va a controlar a quién? ¿Exactamente cuál tamaño de población, o cuál ritmo de crecimiento de la población, se ha de lograr? ¿Tienen las políticas la finalidad de producir un ritmo de crecimiento nulo, uno muy leve, o uno que se parece al de las naciones industrializadas? A menos que tales preguntas se traten y se clarifiquen, es imposible evaluar las políticas demográficas actuales.

Los programas actuales parecen dirigirse simplemente hacia el logro de una reducción del índice de natalidad. El éxito se interpreta, por tanto, como la realización de tal reducción, con base en la suposición de que la reducción disminuirá el crecimiento de la población. En aquellos raros casos en que se declara un objetivo demográfico específico, se dice que ese objetivo es una reducción a corto plazo dentro de un período dado. El plan adoptado por Pakistán en 1966⁵ pretende reducir el índice de natalidad de 50 a 40 por 1 000 para 1970; el plan de la India⁶ pretende reducir el índice de 40 a 25 "lo más pronto posible"; y el objetivo de

⁵ *Hearings on S. 1676, U. S. Senate Subcommittee on Foreign Aid Expenditures, 89th Congress, Second Session, April 7, 8, 11, pt. 4, 1966, p. 889.*

⁶ B. L. Raina, en B. Berelson, R. K. Anderson, O. Harkavy, G. Maier, W. P. Mauldin, S. G. Segal (recops.), *Family Planning and Population Programs*, Chicago: Univ. of Chicago Press, 1966.

Corea⁷ es la reducción del crecimiento demográfico del 2.9 al 1.2 por ciento para 1980. Una característica significativa de tales objetivos declarados es el rápido crecimiento demográfico que permitirían. Bajo condiciones de mortalidad modernas, una tasa de natalidad bruta de 25 a 30 por 1 000 representa tal multiplicación de la especie humana que vuelve irónico el término *control demográfico*. Un ritmo de incremento del 1.2 por ciento al año permitiría la duplicación de la población ya densa de Corea en menos de 60 años.

Desde luego, se pueden defender los programas diciendo que los objetivos y medidas actuales son interinos simplemente. Se debe lograr un comienzo en algún punto. Pero no encontramos esta respuesta en la literatura sobre política demográfica. Semejante defensa, para ser convincente, requeriría una presentación de los *siguientes* pasos, y a éstos no se les toma en cuenta. Surge la sospecha de que toda la cuestión de los objetivos se deja vaga instintivamente, porque una limitación a fondo del crecimiento demográfico iría en contra de muchas aspiraciones nacionales y de grupo. Un análisis de objetivos hipotéticos arroja más luz sobre la cuestión.

LAS NACIONES INDUSTRIALIZADAS COMO MODELO

Ya que las políticas actuales se limitan a la planeación familiar, su máximo efecto demográfico consistiría en dar a los países subdesarrollados el mismo nivel de reproducción que tienen actualmente las naciones industriales. Estas últimas, orientadas desde hace mucho tiempo hacia la planeación familiar, proporcionan un buen medidor para determinar lo que la disponibilidad de anticonceptivos puede hacer al crecimiento de la población. De hecho, proporcionan más que un medidor; son realmente el modelo que inspiró las actuales políticas demográficas.

¿Qué significa este objetivo en la práctica? Entre las naciones avanzadas hay una diversidad considerable del nivel de fecundidad. En un extremo están países como Nueva Zelanda, con un índice de reproducción bruto de 1.91 como promedio durante el período 1960-64; en el otro extremo están países como Hungría, con un índice de 0.91 durante el mismo período. Sin embargo, en gran parte estas divergencias aparentes son cosa del momento. Los índices de natalidad de la mayoría de los países han demostrado, desde aproximadamente 1940, un movimiento

⁷ D. Kirk, *Ann. Amer. Acad. Polit. Soc. Sci.*, 369 (1967):53.

⁸ Como la usan los demógrafos de habla inglesa, la palabra *fecundidad* (*fertility*) significa la reproducción realmente llevada a cabo, no una capacidad teórica.

ondulante, sin ninguna tendencia secular. El nivel medio de reproducción durante este período ha sido suficientemente alto para dar a estos países, con su baja mortalidad, un crecimiento demográfico extremadamente rápido. Si este nivel se sostiene, su población se duplicará en un poco más de 50 años —lo que constituye un ritmo más acelerado que el del crecimiento demográfico mundial en cualquier momento anterior a 1950, cuando ya se consideraba fantástico el aumento del número de seres humanos. Las naciones avanzadas están sufriendo en forma aguda de los efectos del rápido crecimiento de la población en combinación con la producción de cada vez más mercancías por persona.⁹ Una proporción creciente de su ingreso *per cápita* supuestamente alto, que en sí se deriva cada vez en mayor grado de los recursos de los países subdesarrollados (los cuales se van rezagando aún más en posición económica relativa), se gasta simplemente para pagar el costo y disminuir las molestias ocasionadas por la producción implacable de cada vez más mercancías por más personas. Tales hechos ponen de manifiesto que las naciones industriales no proporcionan ni un modelo demográfico conveniente para que lo sigan los pueblos no industriales ni la dirección para planear y organizar políticas efectivas de control de población para ellos.

CERO CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO COMO OBJETIVO

La mayoría de las discusiones de la crisis demográfica conducen lógicamente a cero crecimiento demográfico como objetivo final, porque *cualquier* ritmo de crecimiento, si continúa, acabará por agotar la tierra. Sin embargo, los argumentos a favor de políticas demográficas casi nunca toman en cuenta tal objetivo, y las políticas actuales no han soñado siquiera en ello. ¿Por qué no? La respuesta es, evidentemente, que cero crecimiento demográfico es inaceptable para la mayoría de las naciones y la mayoría de las comunidades religiosas y étnicas. El argüir a favor de este objetivo sería enajenar posible apoyo para programas de acción.

PECULIARIDADES DE OBJETIVO INHERENTES EN LA PLANEACIÓN FAMILIAR

Volviendo nuestra atención hacia las medidas reales tomadas, vemos que el uso mismo de la planeación familiar como el medio de llevar a

⁹ K. Davis, *Rotarian*, 94 (1959):10; *Health Education Monograph*, 9 (1960):2; L. Day y A. Day, *Too Many Americans*, Boston: Houghton Mifflin, 1964; R. A. Piddington, *Limits of Mankind*, Bristol, Inglaterra: Wright, 1956.

cabo una política demográfica impone límites serios pero no reconocidos a la propuesta reducción de la fecundidad. El movimiento en pro de la planeación familiar, claramente dedicado al mejoramiento y la diseminación de anticonceptivos, declara una y otra vez que su propósito es el de permitir que las parejas tengan el número de hijos que desean. "La oportunidad de decidir el número y tiempo de nacimiento de los hijos es un derecho humano básico", dicen los 12 jefes de estado en la declaración de las Naciones Unidas. La Ley Turca de 1965 Tocante a la Planeación Demográfica declara:¹⁰

Artículo 1. La Planeación Demográfica significa que los individuos pueden tener el número de hijos que desean, cuando los desean. Esto se puede asegurar por medio de medidas preventivas tomadas contra el embarazo...

Lógicamente, no es sensato utilizar la planeación *familiar* para proporcionar control demográfico o planeación demográfica *nacional*. La "planeación" en la planeación familiar es la de cada pareja individual. El único control que ellos ejercen es el control del tamaño de *su* familia. Obviamente, las parejas no planean el tamaño de la población de la nación, como tampoco planean el crecimiento del ingreso nacional o la forma de la red de carreteras. No hay razón de esperar que las millones de decisiones respecto del tamaño de la familia tomadas por parejas en su propio interés controlen automáticamente la población en beneficio de la sociedad. Al contrario, hay buenas razones por pensar que no lo harán. Cuando mucho, la planeación familiar puede reducir la reproducción en el grado en que los nacimientos indeseados exceden a los nacimientos deseados. En los países industriales el equilibrio es a menudo negativo —es decir, la gente suele tener menos hijos de los que quisieran tener. En los países subdesarrollados sucede generalmente al revés, pero la eliminación de los nacimientos indeseados dejaría aún un índice de multiplicación extremadamente alto.

En realidad, el movimiento de planeación familiar no persigue ni siquiera los objetivos limitados que proclama. No habilita plenamente a las parejas para tener sólo el número de progenie que desean porque o bien condena o bien hace caso omiso de ciertos medios efectivos pero sujetos a un tabú para el logro de este objetivo. Uno de sus preceptos es que "habrá libertad en la elección de métodos, de manera que los individuos puedan escoger de acuerdo con los dictados de su concien-

¹⁰ *Official Gazette*, 15 de abril de 1965; citado en *Studies in Family Planning*, 1:7.

cia";¹¹ pero en la práctica esto equivale a limitar la elección del individuo, porque la "conciencia" que dicta el método no suele ser suya sino la de funcionarios religiosos y gubernamentales. Además, no todos los individuos pueden escoger: aun los llamados métodos recomendados no son ofrecidos generalmente a mujeres solteras, y no todos ellos son ofrecidos a mujeres que profesan determinada religión.

De este modo, a pesar de su énfasis en la tecnología, la política actual no utiliza todos los medios anticonceptivos disponibles y mucho menos todas las medidas de control de natalidad. El gobierno de la India desperdició años valiosos en las primeras etapas de su programa de control demográfico al experimentar exclusivamente con el método del "ritmo", mucho tiempo después de que se había demostrado que esta técnica es una de las menos efectivas. Una limitación más grave de los medios se encuentra en el énfasis exclusivo puesto en el anticoncepcionismo mismo. El aborto inducido, por ejemplo, es uno de los medios más seguros de controlar la reproducción, y uno que ha sido demostrado capaz de reducir rápidamente los índices de natalidad. Parece particularmente adecuado para la etapa inicial de un programa de control demográfico —la etapa en que nuevas condiciones de vida hacen que por primera vez las familias grandes constituyan una desventaja. Fue el factor principal en la reducción de 50 por ciento lograda en el índice de natalidad japonés, un factor principal en el descenso de los índices de natalidad en los países satélites de Europa Oriental después de la legalización del aborto en los primeros años del decenio de 1950, y un factor importante en la reducción de la fecundidad en las naciones en vías de industrialización entre 1870 y el decenio de 1930.¹² Hoy día, según *Studies in Family Planning* (Estudios de la Planeación Familiar),¹³ "el aborto es probablemente el método principal de control de natalidad en toda América Latina". No obstante, este método es rechazado en casi todos los programas de control demográfico nacionales e internacionales. La ayuda norteamericana en el extranjero se emplea para asistir en la prevención del aborto.¹⁴ Los Estados Unidos excluye el aborto de la planeación fa-

¹¹ J. W. Gardner (Secretario de Salud, Educación y Bienestar), "Memorandum to Heads of Operating Agencies", enero de 1966; reproducido en *Hearings on S. 1676*, 5:783.

¹² C. Tietze, *Demography*, 1 (1964):119; *J. Chronic Diseases* 18 (1964):1161; M. Muramatsu, *Milbank Memorial Fund Quarterly*, 38 (1960):153; K. Davis, *Population Index*, 29 (1963):345; R. Armijo y T. Monreal, *J. Sex Research*, 1964 (1964):143; Proceedings World Population Conference, Belgrado, 1965; Proceedings International Planned Parenthood Federation.

¹³ *Studies in Family Planning*, N^o 4, 1964, p. 3.

¹⁴ D. Bell (entonces administrador de la Agencia para el Desarrollo Internacional [AID]), en *Hearings on S. 1676*, 5:862.

miliar, y, de hecho, justifica ésta presentándola como un medio de combatir el aborto.¹⁵ Se están llevando a cabo estudios del aborto en América Latina bajo los presuntos auspicios de grupos promovedores del control demográfico, no con la intención de legalizarlo, así restándole sus peligros y haciéndolo barato, accesible, y, por ende, más efectivo para el control demográfico, sino con la intención declarada de reducirlo.¹⁶

Aunque pocos preferirían el aborto al anticoncepcionismo efectivo (todos los demás factores siendo iguales), el hecho es que ambos permiten que la mujer controle el tamaño de su familia. Los principales inconvenientes del aborto resultan de su ilegalidad. Cuando es llevado a cabo, como procedimiento legal, por un médico capacitado, es menos peligroso que el parto. No compite contra el anticoncepcionismo, sino que sirve de último recurso cuando éste falla o cuando medios o información anti-conceptivos no están accesibles. A medida que el anticoncepcionismo se hace más común, el aborto retrocede, aun sin que esté prohibido. Por consiguiente, si el aborto permite que las mujeres tengan sólo el número de hijos que desean, y si los impulsores de la planeación familiar no defienden —y de hecho condenan— la legalización del aborto, están negando con ello el precepto principal de su propio movimiento. La ironía de la oposición al aborto en los círculos impulsores de la planeación familiar se ve en las discusiones quisquillosas sobre si algún agente anticonceptivo (por ejemplo, el dispositivo intrauterino) es o no en realidad un agente abortivo. Un líder mexicano de la planeación familiar escribe: ¹⁷

Uno de los principales objetivos de nuestro programa en México es la prevención de los abortos. Si pudiéramos estar seguros que el modo de acción [del dispositivo intrauterino] no fuera la intervención de la nidación, podríamos fácilmente utilizar el método en México.

Las cuestiones de la esterilización y las formas antinaturales de relaciones sexuales son recibidas generalmente por un tratamiento de silencio similar o por la desaprobación, aunque nadie duda de la efectividad de estas medidas en evitar la concepción. La esterilización se ha hecho popular en Puerto Rico, y ha tenido algo de aceptación en la India (en donde el nuevo ministro de salubridad espera lograr hacerla obligatoria

¹⁵ *Asian Population Conference*, Nueva York: Naciones Unidas, 1964, p. 30.

¹⁶ R. Armijo y T. Monreal, en *Components of Population Change in Latin America*, Nueva York: Milbank Fund, 1964, p. 272; E. Rice-Wray, *Amer. J. Public Health*, 54 (1964):313.

¹⁷ E. Rice-Wray, en "Intra-Uterine Contraceptive Devices", *Excerpta Med. Intern. Congr. Ser. N° 54*, 1962, p. 135.

para los que ya tienen un determinado número de hijos), pero en ambas áreas el movimiento en pro de la planeación familiar la ha en gran parte pasado por alto o condenado.

Por lo que se refiere a los objetivos, entonces, vemos que una orientación hacia la planeación familiar limita los propósitos de la política demográfica actual. No obstante referencias al "control demográfico" y "control de fecundidad", que, se supone, significan la determinación de resultados demográficos por y para la nación en su totalidad, el movimiento concede el control sólo a parejas, y esto únicamente si emplean anticonceptivos "autorizados".

El Descuido de la Motivación

Al santificar la doctrina según la cual cada mujer debería tener el número de hijos que desea, y al suponer que si tiene sólo ese número, esto restringirá automáticamente el crecimiento demográfico en el grado necesario, los impulsos de las políticas actuales evitan la necesidad de preguntar por qué las mujeres desean tantos hijos y cómo se puede influir en este deseo.^{18, 19} En lugar de ello, pretenden que una motivación satisfactoria es evidenciada por el deseo popular (indicado por encuestas de opinión en todos los países) de tener los medios de la limitación familiar, y que, por ende, el problema es uno de invención y distribución de los mejores medios anticonceptivos. Se pasa por alto el hecho de que un deseo de disponibilidad de anticonceptivos es compatible con una elevada fecundidad.

Dados los mejores de todos los medios, aún quedan las preguntas sobre cuántos hijos las parejas desean y si éste es el número indicado desde el punto de vista del tamaño de la población. Que no lo es está demostrado por la continuación de un rápido crecimiento demográfico en países industriales, y por las mismas encuestas que demuestran que la gente desea anticoncepcionismo —porque éstas demuestran también que la gente desea además hijos numerosos.

Los impulsores de la planeación familiar no hacen caso omiso de la motivación. Hablan constantemente de "actitudes" y "necesidades". Pero presentan la cuestión en términos de la "aceptación" de métodos de control de natalidad. En el nivel más ingenuo, presuponen que la falta de aceptación es una función del método anticonceptivo en sí. Esto reduce el problema de motivos a una cuestión tecnológica. Entonces la tarea de

¹⁸ J. Blake, en M. C. Sheps y J. C. Ridley (recops.), *Public Health and Population Change*, Pittsburgh: Univ. of Pittsburgh Press, 1965, p. 41.

¹⁹ J. Blake y K. Davis, *Amer. Behavioral Scientist*, 5 (1963):24.

control de la población llega a ser simplemente la invención de un método que sí será aceptable.²⁰ Se alaba al dispositivo intrauterino de plástico porque, una vez colocado, no depende de la *aceptación* repetida de la mujer, y así “resuelve” el problema de motivación.²¹

Pero supongamos que una mujer no quiere usar *ningún* anticonceptivo hasta que haya tenido cuatro hijos. Este es el tipo de pregunta que rara vez se suscita en la literatura de planeación familiar. En esa literatura, el deseo de un número específico de hijos se toma como una motivación completa, porque infiere un deseo de controlar el tamaño de la familia. La mujer-problema, desde el punto de vista de los impulsores de la planeación familiar, es la que quiere “los que lleguen”, o “los que Dios mande”. Su actitud se interpreta como debiéndose a la ignorancia y los “valores culturales”, y la política juzgada necesaria para cambiarla es la “educación”. No se puede emplear ninguna compulsión, porque el movimiento está comprometido a la elección libre, pero los cortos cinematográficos, carteles, historietas, conferencias públicas, entrevistas y pláticas son admitidos. Estos proporcionan información y supuestamente modifican los valores al eliminar supersticiones y demostrar que la procreación irrefrenada es dañina tanto a la madre como a los hijos. Se considera que el esfuerzo ha sido coronado por el éxito cuando la mujer decide que desea sólo un determinado número de hijos y emplea un anticonceptivo efectivo.

Al considerar las actitudes negativas hacia el control de natalidad como debidas a la ignorancia, apatía, y tradición conservadora, y a la “comunicación masiva” como la solución al problema de motivación,²² los impulsores de la planeación familiar tienden a hacer caso omiso de la fuerza y complejidad de la vida social. Si se admitiera que la creación y cuidado de nuevos seres humanos son motivados socialmente, como otras formas de conducta, al ser parte del sistema de recompensas y castigos que es inherente a las relaciones humanas, y así ligados a los intere-

²⁰ Véase “Panel discussion on comparative acceptability of different methods of contraception”, en *Research in Family Planning* (C. V. Kiser, recop.), Princeton: Princeton Univ. Press, 1962, pp. 373-86.

²¹ “Desde el punto de vista de la mujer en cuestión, todo el problema de la motivación continuada desaparece...” (D. Kirk, en M. Muramatsu y P. A. Harper (eds.), *Population Dynamics*, Baltimore: Johns Hopkins Press, 1965).

²² “Para influir en las normas respecto del tamaño de la familia, ciertamente los ejemplos y las declaraciones de figuras públicas son de gran importancia... también... el uso de métodos de comunicación masiva que ayudan a legitimizar el estilo de la familia pequeña, estimular conversaciones, y establecer un vocabulario para la discusión de la planeación familiar” (M. W. Freymann, en M. Muramatsu y P. A. Harper (recops.), *Population Dynamics*, Baltimore: Johns Hopkins Press, 1965).

ses económicos y personales del individuo, sería aparente que la estructura social y la economía deben modificarse antes de que se pueda lograr una reducción premeditada del índice de natalidad. En la situación actual, el confiar en la planeación familiar permite a la gente creer que "algo se está haciendo para resolver el problema demográfico" sin necesidad de dolorosas transformaciones sociales.

La clasificación del control demográfico como tarea médica o de salud pública conduce a una evasión similar. Esta clasificación asegura el apoyo popular porque pone la política demográfica en manos de personal médico respetado, pero, por lo mismo, da la responsabilidad de la dirección a personas que piensan en términos de clínicas y pacientes, de píldoras y dispositivos intrauterinos, y que traen al manejo de fenómenos económicos y sociales una ingenuidad muy segura de sí. El estudio de la organización social es una especialización técnica; un programa de acción basado en la intuición no tiene más probabilidades de éxito en el control de los seres humanos que en el área del control de bacterias o virus. Además, la modificación de un sistema social por medio de política premeditada, a fin de regular los nacimientos de acuerdo con las demandas del bienestar colectivo, requeriría poder político, y no es posible que lo tengan funcionarios del departamento de salubridad, enfermeras, parteras, y trabajadoras sociales. El dejar la política demográfica en sus manos es "actuar" pero no "actuar efectivamente" de un modo que podría ser peligroso.

En forma análoga, la posición ambivalente sobre tecnología de control de natalidad representa una evasión de la necesidad, y molestia, de lidiar con los determinantes sociales y económicos de la conducta reproductora. Por una parte, el rechazo o exclusión de medios sujetos a tabúes religiosos, aunque efectivos, para la prevención de los nacimientos, permite que el movimiento en pro de la planeación familiar evite la condena oficial. Por otra parte, una preocupación intensa con la tecnología anticonceptiva (aparte de los medios sujetos a tabú) también ayuda a los impulsores de la planeación familiar a evitar censuras. Al inferir que la única necesidad es la invención y distribución de medios anticonceptivos efectivos, apaciguan los temores, por parte de autoridades religiosas y gubernamentales, de que se estén proyectando cambios fundamentales en la organización social. Unos cambios lo suficientemente básicos como para afectar la motivación por tener hijos serían cambios en la estructura de la familia, en la posición de las mujeres, y en las normas sexuales. Lejos de proponer medidas tan radicales, los portavoces de la planeación familiar declaran con frecuencia que su propósito es la "protección" de la familia —es decir, la observancia más estricta de las

normas familiares. Además, al poner mayor énfasis en anticonceptivos *nuevos y científicos*, el movimiento evade los tabúes asociados con los más antiguos (el Papa difícilmente autorizará el preservativo, pero tal vez sancione la píldora) y permite que la planeación familiar se considere una rama de la medicina: la sobrepoblación se convierte en enfermedad, que se debe tratar con una píldora o un espiral.

Así vemos que lo inadecuado de las actuales políticas demográficas con respecto a la motivación es inherente a su naturaleza en que predomina la planeación familiar. Ya que la planeación familiar es por definición planeación particular, evita todo control de la motivación por la sociedad. Simplemente proporciona los medios, y, entre los medios posibles, sólo los más autorizados. Sus líderes, al evitar las complejidades sociales y buscar la aprobación oficial, son obviamente impulsados no sólo por la conveniencia sino también por sus propios sentimientos como miembros de la sociedad y por sus antecedentes de personas atraídas hacia el movimiento de planeación familiar. Desconociendo en la mayoría de los casos la economía, sociología y demografía técnicas, tienden honrada e instintivamente a creer que algo que ellos llaman en forma imprecisa control demográfico puede lograrse mediante la disponibilidad de mejores anticonceptivos.

Las Pruebas de Inefectividad

Si esta descripción es acertada, podemos concluir que los programas actuales no permitirán que un gobierno controle el tamaño de la población. En países en que las parejas tienen numerosos hijos no deseados, tales programas tal vez aceleren un descenso del índice de natalidad que tendría lugar de todas maneras, pero las condiciones que hacen que los nacimientos sean deseados o no deseados están más allá del control de la planeación familiar y, por ende, más allá del control de cualquier nación que confía sólo en la planeación familiar como política demográfica.

Esta conclusión está confirmada por hechos demográficos. Como he observado arriba, el uso muy difundido de la planeación familiar en países industriales no ha dado a sus gobiernos el control del índice de natalidad. Hoy día en países atrasados, considerados en forma general, los índices de natalidad están ascendiendo, no descendiendo; en los que tienen políticas demográficas, no hay ningún indicio de que el gobierno esté controlando el ritmo de la reproducción. Los principales "éxitos" citados en la bien difundida literatura de política demográfica son casos en que se ha distribuido un gran número de anticonceptivos o en que el programa

se ha acompañado de algún descenso del índice de natalidad. El entusiasmo popular para la planeación familiar se ha encontrado principalmente en las ciudades o en países avanzados como Japón y Taiwán, en donde la gente adoptaría el anticoncepcionismo en todo caso, con o sin programa. Es difícil de demostrar que las actuales políticas demográficas hayan siquiera acelerado un descenso del índice de natalidad (lo menos que pudiera haberse esperado), y mucho más que hayan proporcionado "control de fecundidad" nacional.

Ahora examinemos brevemente los hechos con respecto al nivel y tendencia de la población en países subdesarrollados en general, a fin de entender la magnitud de la tarea de control genuino.

Indices de Natalidad Ascendentes en Países Subdesarrollados

En diez países latinoamericanos, entre 1940 y 1959,²³ los índices medios de natalidad (estandarizados por edades), calculados por nuestra oficina de investigaciones de la Universidad de California, subieron como sigue: 1940-44, 43.4 nacimientos anuales por 1 000 habitantes; 1945-49, 44.6; 1950-54, 46.4; 1955-59, 47.7.

En otro estudio llevado a cabo en nuestra oficina, en que se emplearon métodos de computación derivados de la teoría de poblaciones casi estables, se halló que la tendencia reciente iba en ascenso en 27 países subdesarrollados, en descenso en seis, y sin cambio en uno.²⁴ Algunos de los ascensos han sido considerables, y la mayoría han ocurrido en donde el índice de natalidad ya estaba extremadamente alto. Por ejemplo, el índice bruto de reproducción subió en Jamaica de 1.8 por mil en 1947 a 2.7 en 1960; entre los indígenas de las Islas Fiji, de 2.0 en 1951 a 2.4 en 1964; y en Albania, de 3.0 en el período 1950-54 a 3.4 en 1960.

El ascenso general de la fecundidad en regiones atrasadas no se debe evidentemente al fracaso de esfuerzos para controlar la población, porque la mayoría de estos países o bien no tienen ningún esfuerzo de este tipo o bien tienen programas demasiado recientes para tener mucho efecto. En cambio, el ascenso se debe, irónicamente, a las circunstancias mismas que provocaron la crisis demográfica inicialmente —el mejoramiento de la salud y la reducción de la mortalidad. Su salud mejorada aumenta la probabilidad de que la mujer conciba y retenga el feto hasta llegar

²³ O. A. Collver, *Birth Rates in Latin America*, Berkeley: International Population and Urban Research, 1965, pp. 27-28; los diez países fueron Colombia, Costa Rica, El Salvador, Ecuador, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Perú y Venezuela.

²⁴ J. R. Rele, *Fertility Analysis through Extension of Stable Population Concepts*, Berkeley: International Population and Urban Research, 1967.

al término del embarazo; el descenso de la mortalidad aumenta la proporción de seres que sobreviven hasta la edad de la reproducción y reduce la probabilidad de viudez durante ese período.²⁵ La importancia del ascenso general de la fecundidad, en el contexto de esta discusión, es que está dando a los que intentan planear la población una tarea más difícil de lo que muchos de ellos se han dado cuenta. Una parte de la presión que empuja los índices de natalidad hacia arriba es independiente de lo que hacen las parejas con respecto a la planeación familiar, porque surge el hecho de que, con el descenso de la mortalidad, simplemente hay más parejas.

Países Subdesarrollados con Políticas Demográficas

En las discusiones de política demográfica hay a menudo confusión acerca de cuáles casos son pertinentes. El Japón, por ejemplo, ha sido elogiado por la efectividad de sus medidas, pero es una nación industrial muy avanzada, y además, su política gubernamental tuvo poco o nada que ver, por lo menos intencionalmente, con el descenso del índice de natalidad. Por consiguiente, no ofrece ninguna prueba de la efectividad de la política demográfica bajo condiciones agrarias entre campesinos. Otro caso de dudosa pertinencia es el de Taiwán, porque Taiwán está suficientemente desarrollado para colocarse en la clase de las naciones urbanas industriales. Sin embargo, puesto que Taiwán es ofrecido como el principal caso ilustrativo por los patrocinadores de políticas actuales en áreas subdesarrolladas, y puesto que los datos son excelentes, amerita un examen.

Taiwán es alabado como caso ilustrativo porque ha reaccionado favorablemente a un programa altamente organizado para la distribución de anticonceptivos modernos, y también porque su índice de natalidad ha descendido rápidamente. Algunos observadores han cometido el descuido de atribuir el descenso del índice de natalidad —de 50.0 en 1951 a 34.7 en 1965— a la campaña de planeación familiar,²⁶ pero ésta se inició apenas en 1963 y sólo pudo haber afectado al final de la tendencia. El descenso representa más bien una reacción a la modernización parecida a la de todos los países que se han industrializado.²⁷ Para 1950 más de la mitad de la población de Taiwán era urbana, y para 1964 esta porción

²⁵ J. C. Ridley, M. C. Sheps, J. W. Lingner, J. A. Menken, *Milbank Memorial Fund Quarterly*, 45 (1967):77; E. Atriaga, trabajo inédito.

²⁶ "Corea del Sur y Taiwán parecen haber refrenado con éxito el crecimiento de la población mediante el uso de dispositivos anticonceptivos intrauterinos" (U. Borell, *Hearings on S. 1676*, vol. 5, p. 556).

²⁷ K. Davis, *Population Index*, 29 (1963):345.

Tabla 1. Descenso del Índice de Fecundidad de Taiwán, 1951 a 1966, Inclusive

Año	Nacimientos registrados por 1 000 mujeres entre 15 y 49 años	Cambio en el índice (por ciento) *
1951	211	
1952	198	-5.6
1953	194	-2.2
1954	193	-0.5
1955	197	+2.1
1956	196	-0.4
1957	182	-7.1
1958	185	+1.3
1959	184	-0.1
1960	180	-2.5
1961	177	-1.5
1962	174	-1.5
1963	170	-2.6
1964	162	-4.9
1965	152	-6.0
1966	149	-2.1

* Los por cientos fueron calculados sobre cifras exactas. Fuente de los datos hasta 1965, inclusive, *Taiwan Demographic Fact Book* (1964, 1965); para 1966, *Monthly Bulletin of Population Registration Statistics of Taiwan* (1966, 1967).

urbana incluía los dos tercios, con el 29 por ciento de la población total viviendo en ciudades de 100 000 habitantes o más. El ritmo del desarrollo económico ha sido extraordinariamente rápido. Entre 1951 y 1963, el ingreso *per cápita* aumentó en el 4.05 por ciento al año. Sin embargo, la isla está densamente poblada, ya que tiene 870 personas por milla cuadrada (una densidad de población superior a la de Bélgica). La combinación de rápido crecimiento económico y rápido incremento de la población en un espacio limitado ha creado una situación relativamente desfavorable para los padres de familias numerosas, y una fuerte demanda de abortos y anticonceptivos. Así que la reacción favorable a la campaña para fomentar el uso del dispositivo intrauterino no es un buen ejemplo de lo que la tecnología de control de natalidad puede hacer para un país realmente atrasado. De hecho, cuando el programa se inició, una razón por esperar una buena aceptación fue que la isla estaba ya encaminada hacia la modernización y la planeación familiar.²⁸

²⁸ R. Freedman, *Population Index*, 31 (1965):421.

Cuanto más, la reciente campaña de planeación familiar —que alcanzó proporciones importantes sólo en 1964, cuando se insertaron unos 46 000 dispositivos intrauterinos (en 1965 el número fue 99 253, y en 1966, 111 242)—^{29, 30} pudo haber causado la aceleración que se observó después de 1963 en el ritmo de descenso. Entre 1951 y 1963 el descenso medio en el índice de natalidad por 1 000 mujeres (véase Tabla 1) fue del 1.73 por ciento al año; en el período 1964-66 fue del 4.35 por ciento. Pero uno titubea en atribuir toda la aceleración en el descenso desde 1963 a la campaña de planeación familiar. El rápido desarrollo económico ha sido del tipo preciso que tiene probabilidades de acelerar un descenso de la reproducción. El aumento de la industria manufacturera ha sido mucho mayor que el aumento de la agricultura o la construcción. De este modo, la mano de obra agrícola ha sido oprimida, y la migración a las ciudades ha subido en forma astronómica.³¹ Ya que la vivienda no se ha mantenido al paso, las familias urbanas han tenido que restringir la reproducción a fin de aprovechar oportunidades de trabajo y evitar la incomodidad doméstica. Tales tendencias han tendido a través de la historia a acelerar el descenso del índice de natalidad. El descenso más rápido vino tardíamente en los Estados Unidos (1925-33) y en Japón (1947-55). Un esquema de los índices de natalidad de Japón y Taiwán indica la marcada similaridad entre las dos curvas, a pesar de una diferencia de nivel. En resumen, no se debe atribuir toda la aceleración del descenso del índice de natalidad de Taiwán a la campaña de planeación familiar.

La evidencia más importante de que *una parte* de esta aceleración se debe a la campaña se encuentra en el hecho de que Taichung, la primera ciudad en que se concentró el esfuerzo de la planeación familiar, manifestó subsiguientemente un descenso de fecundidad mucho más rápido que el de otras ciudades.³² Pero la campaña no se ha extendido

²⁹ Antes de 1964, la Asociación de Planeación Familiar había aconsejado a menos de 60 000 esposas en el transcurso de 10 años y un Programa de Salud Pre-Embarazo había llegado a unas 10 000, y, en la campaña actual, se insertaron 3 650 dispositivos intrauterinos en 1965, entre una población total de 2.5 millones de mujeres en la edad de la reproducción. Véase *Studies in Family Planning*, N^o 19, 1967, p. 4, y R. Freedman et al., *Population Studies*, 16 (1963):231.

³⁰ R. W. Gillespie, *Family Planning on Taiwan*, Taichung: Population Council, 1965.

³¹ Durante el período 1950-1960, la proporción entre el crecimiento de la población urbana y el de la no urbana fue de 5 a 3; durante el período 1960-64, la proporción fue de 5 a 2; estas proporciones se basan en datos de Shaohsing Chen, *J. Sociol. Taiwan*, 1 (1963):74, y datos en los *Demographic Yearbooks* de las Naciones Unidas.

³² Gillespie, *op. cit.*, p. 69; R. Freedman, *Population Index*, 31 (1965):434. El ritmo de descenso de Taichung en 1963-64 fue aproximadamente lo doble del

por toda la isla. Para fines de 1966, sólo 260 745 mujeres habían recibido un dispositivo intrauterino bajo los auspicios de la campaña, en tanto que las mujeres en la edad de la reproducción sumaban 2.86 millones en la isla. Por ende, la mayor parte de la reducción de fecundidad ha sido el resultado de la iniciativa individual. Hasta cierto punto la campaña tal vez esté simplemente sustituyendo servicios patrocinados (y más baratos) a los que de otro modo se obtendrían a través de canales particulares y comerciales. Una encuesta en toda la isla en 1964 indicó que más de 150 000 mujeres ya estaban usando el tradicional anillo Ota (un dispositivo intrauterino metálico popular en el Japón); casi el mismo número habían sido esterilizadas; unas 40 000 estaban usando tabletas de espuma; unas 50 000 admitían haber tenido por lo menos un aborto; y muchas estaban usando otros métodos de control de natalidad.³³

La pregunta importante, sin embargo, no es si la campaña actual está acelerando hasta cierto punto la tendencia descendente del índice de natalidad, sino si, aun en el caso de lograr esto, proporcionará control demográfico para la nación. En realidad, la campaña no está diseñada para proporcionar ese control y no da señales de hacerlo. Da por sentados objetivos existentes de reproducción. Su propósito es "integrar, por medio de educación e información, la idea de la limitación familiar dentro de las *actitudes, valores y objetivos existentes* de las personas"³⁴ (letra itálica mía). Su blanco es el grupo de las mujeres *casadas*, que no desean más hijos; pasa por alto a las que no están casadas aún y a las casadas que quieren más hijos.

¿Con un enfoque como éste, cuál es el máximo impacto posible? Es la diferencia entre el número de hijos que las mujeres han estado dando a luz y el número que desean. Un estudio de 1956 encontró una cifra media de 3.75 como el número de hijos deseados por las mujeres entre 15 y 29 años de edad en Taipei, la ciudad más populosa de Taiwán; la cifra correspondiente para las mujeres de un pueblo satélite fue 3.93; para las mujeres de una aldea de pescadores, 4.90; y para las mujeres de una aldea agrícola, 5.03. Más del 60 por ciento de las mujeres de Taipei y más del 90 por ciento de las de la aldea agrícola querían 4 hijos o más.³⁵ En una muestra de esposas entre 25 y 29 años de edad en Taichung, una ciudad de más de 300 000, Freedman y sus colegas encontraron un promedio de 4 hijos deseados; sólo el 9 por ciento querían

promedio de cuatro ciudades más, en tanto que justamente antes de la campaña su ritmo de descenso había sido mucho menos que el suyo.

³³ Gillespie. *op. cit.*, pp. 18, 31.

³⁴ *Ibid.*, p. 8.

³⁵ S. H. Chen, *J. Soc. Sci. Taipei*, 13 (1963):72.

menos de 3, el 20 por ciento querían 5 o más.³⁶ Por consiguiente, si las mujeres de Taiwán usaran anticonceptivos con un 100 por ciento de efectividad y tuvieran el número de hijos que desearan, tendrían aproximadamente 4.5 cada una. El objetivo del esfuerzo de planeación familiar sería logrado. En el pasado las mujeres taiwanesas que se casaban y vivían durante todo el período de la reproducción, tenían, como promedio, 6.5 hijos; así que una cifra de 4.5 representaría un descenso sustancial de la fecundidad. Ya que la mortalidad seguiría en descenso, el ritmo de crecimiento demográfico disminuiría algo menos que el de la reproducción individual. Con 4.5 nacimientos por mujer y una expectativa de vida de 70 años, el ritmo de incremento natural sería de casi el 3 por ciento al año.³⁷

En el futuro las opiniones de los taiwaneses acerca de la reproducción cambiarán sin duda, como resultado de los cambios sociales y la modernización económica. ¿Pero hasta qué punto cambiarán? Un buen indicio es el número de hijos deseados por parejas en un país ya modernizado y orientado desde hace mucho tiempo hacia la planeación familiar. En los Estados Unidos en 1966, un promedio de 3.4 hijos era considerado ideal por mujeres blancas de 21 años o más.³⁸ Este promedio de nacimientos daría a Taiwán, con sólo un leve descenso de la mortalidad, un índice de incremento natural de largo alcance del 1.7 por ciento al año, y una duplicación de la población en 41 años.

Datos pormenorizados confirman la interpretación según la cual las mujeres taiwanesas están en proceso de cambiar de un nivel de reproducción "campesino-agrario" a un nivel "industrial". Típicamente, están reduciendo sus demandas más altas de nacimientos a partir de la edad de 30 años.³⁹ Entre las esposas jóvenes la fecundidad ha subido, no bajado. En suma, el tan aclamado programa de planeación familiar en Taiwán puede haber, cuando mucho, acelerado hasta cierto punto la última fase del descenso de la fecundidad, que habría tenido lugar de todos modos debido a la modernización.

Bajando por la escala de la modernización a países más necesitados de control demográfico, se encuentra que el método de planeación familiar es aún más inadecuado. En Corea del Sur, después de Taiwán el país citado con mayor frecuencia como modelo de la política actual,

³⁶ R. Freedman et al., *Population Studies*, 16 (1963):227, 232.

³⁷ En 1964 la expectativa de vida al nacer era ya de 66 años en Taiwán, en comparación con 70 años en los Estados Unidos.

³⁸ J. Blake, *Eugenics Quarterly*, 14 (1967):68.

³⁹ Las mujeres que aceptan dispositivos intrauterinos en el programa de planeación familiar tienen típicamente entre 30 y 34 años y ya han dado a luz a cuatro hijos (*Studies in Family Planning*, N° 19, 1967, p. 5).

un reciente descenso de magnitud desconocida del índice de natalidad es interpretado por los líderes del movimiento como debido preponderantemente al programa gubernamental de planeación familiar. Sin embargo, es igualmente plausible decir que el efecto neto de la contribución gubernamental al control demográfico ha sido, hasta ahora, el retraso más bien que la aceleración de un descenso de la reproducción, vuelta inevitable por cambios sociales y económicos. Aunque el gobierno está recomendando vasectomías y suministrando dispositivos intrauterinos y píldoras, rehúsa legalizar el aborto, a pesar del rápido incremento del índice de abortos ilegales, y a pesar de que, en una encuesta reciente, el 72 por ciento de las personas que dieron una opinión estaban a favor de la legalización. Además, el programa está presentado en el contexto de la salud maternal e infantil; así se pone el énfasis en la maternidad y la familia más bien que en papeles alternativos para las mujeres. Se ha celebrado mucho el hecho de que encuestas de opinión indican que una mayoría arrolladora de coreanos (el 89 por ciento en 1965) están a favor del anticoncepcionismo,⁴⁰ pero esto sólo significa que los coreanos son como otras personas en que quieren tener los medios de conseguir lo que desean. Desafortunadamente, desean familias numerosas: "Los registros indican que el programa atrae principalmente a las mujeres entre 30 y 39 años de edad, que tienen cuatro hijos o más, de los cuales por lo menos dos varones..."⁴¹

En áreas menos desarrolladas que Corea, el grado de aceptación del anticoncepcionismo tiende a ser decepcionante, especialmente entre la mayoría rural. Confrontados por estos hechos desalentadores, los impulsores de la política actual, en lugar de reexaminar sus suposiciones, tienden a aumentar el esfuerzo por encontrar un anticonceptivo que satisfaga al campesino más analfabeta, olvidando que éste quiere una familia numerosa. En el Panjab rural, por ejemplo, "un hecho inquietante... es que las mujeres empiezan a buscar consejos y a adoptar técnicas de planeación familiar al final de su período reproductor".⁴² Entre 5 196 mujeres que se presentaron en los centros de planeación familiar del Panjab rural, el 38 por ciento tenían más de 35 años, el 67 por ciento más de 30. Estas mujeres se habían casado jóvenes, casi un tercio de ellas antes de los 15 años;⁴³ el 14 por ciento tenían ocho o más hijos vivos cuando llegaron a la clínica, el 51 por ciento tenían seis o más.

⁴⁰ Y. K. Cha, en Berelson et al., *op. cit.*, p. 27.

⁴¹ *Ibid.*, p. 25.

⁴² H. S. Ayalvi y S. S. Johl, *J. Family Welfare*, 12 (1965):60.

⁴³ El 60 por ciento de las mujeres habían tenido su primer hijo antes de cumplir los 19 años. La opinión pública apoya fuertemente el que se casen jóvenes.

Una encuesta en Tunicia indicó que el 68 por ciento de las parejas casadas estaban dispuestas a usar medidas de control de natalidad, pero el promedio de hijos que consideraban ideal era 4.3.⁴⁴ Los correspondientes promedios para una aldea en Java oriental, una aldea cerca de Nueva Delhi, y una aldea en Maisuru eran 4.3, 4.0 y 4.2, respectivamente.^{45, 46} En las ciudades de estas regiones las mujeres están más dispuestas a aceptar el control de natalidad y quieren menos hijos que las mujeres de las aldeas, pero el número que consideran deseable es todavía totalmente inaceptable desde el punto de vista del control demográfico. En un centro urbano de planeación familiar en Tunicia, más de 600 de las 900 mujeres que aceptaron anticonceptivos ya tenían cuatro hijos vivos.⁴⁷ En Bangalore, una ciudad de casi un millón entonces (1952), el número de hijos deseados por las mujeres casadas era 3.7 como promedio; por los hombres casados, 4.1.⁴⁸ En el área metropolitana de San Salvador (350 000 habitantes), una encuesta de 1964 indicó que el número deseado por mujeres de edad reproductora era 3.9, y en siete capitales de América Latina el número fluctuaba entre 2.7 y 4.2. Si las mujeres de las ciudades de los países subdesarrollados usaran medidas de control de natalidad con el 100 por ciento de eficiencia, aún tendrían bebés suficientes para incrementar de manera insensata las poblaciones urbanas, muy aparte de la contribución adicional de la migración del campo a la ciudad. En muchas de las ciudades la diferencia entre el número real y el número ideal de hijos no es grande; por ejemplo, en las siete capitales latinoamericanas precitadas, el ideal fue 3.4, en tanto que el número de nacimientos reales por mujer entre 35 y 39 años de edad era 3.7.⁵⁰ La ciudad de Bombay tiene clínicas de control de natalidad desde hace muchos años, y sin embargo su índice de natalidad (estandarizado por edad, sexo y distribución conyugal) sigue siendo 34 por 1 000, y tiende a subir más

De las parejas que contestaron a una encuesta en el Panjab, el 48 por ciento dijeron que las jóvenes deberían casarse antes de cumplir los 16 años, y el 94 por ciento dijeron que deberían casarse antes de cumplir los 20 (H. S. Ayalvi y S. S. Johl, *Ibid.*, p. 57). Un estudio de 2 380 parejas en 60 aldeas del Uttar Pradesh halló que las mujeres habían consumado su matrimonio a una edad promediada de 14.6 años (J. R. Rele, *Population Studies*, 15 (1962):268).

⁴⁴ J. Morsa, en B. Berelson et al., (recops.), *op. cit.*, 1966.

⁴⁵ H. Gille y R. J. Pardoko, *Ibid.*, p. 515; S. N. Agarwala, *Med. Dig. Bombay*, 4 (1961):653.

⁴⁶ *Mysore Population Study*, Nueva York: Naciones Unidas, 1961, p. 140.

⁴⁷ A. Daly, en B. Berelson et al. (recops.), *op. cit.*, 1966.

⁴⁸ *Mysore Population Study*, Nueva York, Naciones Unidas, 1961.

⁴⁹ C. J. Gómez, trabajo presentado en la Conferencia Mundial sobre Población, Belgrado, 1965.

⁵⁰ C. Miro, en B. Berelson et al. (recops.), *op. cit.*, 1966.

bien que bajar. Aunque este índice es un 13 por ciento más bajo que el índice general para la India, ha existido esa diferencia aproximada desde por lo menos 1951.⁵¹

¿Es la Planeación Familiar el "Primer Paso" en el Control Demográfico?

El reconocer que la planeación familiar no logra el control demográfico no es impugnar su valor para otros fines. El liberar a las mujeres de la necesidad de tener más hijos de los que quieren, beneficia mucho a ellas, sus hijos, y la sociedad en general. Mi argumento se dirige, por ende, no contra los programas de planeación familiar en sí, sino contra la suposición de que constituyen un medio efectivo de controlar el crecimiento de la población.

¿Pero qué importa? ¿Por qué no se había de aceptar la planeación familiar por un tiempo como un modo inicial de tratar el problema del control demográfico? La respuesta es que cualquier política en que se están gastando millones de dólares debería estar diseñada de modo a lograr el objetivo que pretende lograr. Si es sólo un primer paso, debería ser identificado como tal, y su relación con el paso siguiente (y la naturaleza de ese paso) debería examinarse cuidadosamente. En el caso actual, ya que ningún "paso siguiente" parece mencionarse jamás, surge la pregunta: ¿Es la confianza en la planeación familiar de hecho una base por el aplazamiento peligroso de pasos efectivos? El continuar a ofrecer un remedio como cura mucho después de que se ha demostrado que solamente aminora la enfermedad equivale ya sea a practicar la charlatanería o bien a alimentarse de ilusiones, y prospera más en donde la necesidad es mayor. Hoy día el deseo de resolver el problema demográfico es tan intenso que todos estamos dispuestos a adoptar cualquier "programa de acción" que promete alivio. Pero el aplazamiento de medidas efectivas permite que la situación se empeore.

Desafortunadamente, la cuestión se confunde por razones de semántica. "Planeación familiar" y "control de fecundidad" sugieren que la reproducción está siendo regulada de acuerdo con algún plan racional. Y así sucede, pero sólo desde el punto de vista de la pareja individual, no desde el de la comunidad. Lo que es racional a la luz de la situación de una pareja tal vez sea totalmente irracional desde el punto de vista del bienestar de la sociedad.

⁵¹ *Demographic Training and Research Centre (India) Newsletter*, 20 (agosto, 1966):4.

La necesidad de regulación de la conducta individual por la sociedad se reconoce de buena gana en otras esferas —las de explosivos, drogas peligrosas, propiedad pública, recursos naturales. Pero en la esfera de la reproducción, una iniciativa individual completa suele ser apoyada aun por aquellos intelectuales liberales quienes, en otras esferas, están más a favor de la planeación económica y social. Reformadores sociales que no titubearían en obligar a todos los dueños de propiedades que se alquilan a alquilarlas a cualquier persona que puede pagar, o a obligar a todos los trabajadores de una industria a afiliarse a un sindicato, se rebelan ante cualquier sugerencia de que a las parejas sólo se les permita tener un determinado número de hijos. Invariablemente, interpretan el control de la reproducción por la sociedad como una supervisión policíaca directa de la conducta individual. Ponga usted la palabra *obligatorio* junto con cualquier término que describe un medio de limitar los nacimientos —*esterilización obligatoria, aborto obligatorio, anticoncepcionismo obligatorio*— y garantiza una oposición violenta. Afortunadamente, no hay necesidad de invocar controles tan directos, pero tanto conservadores como liberales pasan por alto este hecho en su ciega oposición a la idea de la determinación colectiva del índice de natalidad de una sociedad.

El que el énfasis exclusivo dado a la planeación familiar en las políticas demográficas actuales no es un “primer paso” sino una evasión de las situaciones reales está sugerido por dos hechos: i) Ningún país ha dado el “paso siguiente”. Hace medio siglo que los países industrializados tienen planeación familiar sin adquirir control ni del índice de natalidad ni del incremento de la población. ii) El apoyo y fomento de investigaciones de política demográfica aparte de la planeación familiar es insignificante. Es precisamente esta obstaculización del pensamiento y la experimentación alternativos que hace del énfasis dado a la planeación familiar un impedimento principal al control demográfico. Hay necesidad no de abandonar programas de planeación familiar, sino de destinar recursos iguales o mayores a otros enfoques.

Nuevas Orientaciones en Política Demográfica

Al pensar en otros enfoques, se puede comenzar con hechos conocidos. En el pasado, todas las sociedades supervivientes tenían incentivos institucionales al matrimonio, la procreación y el cuidado de los niños, que eran suficientemente fuertes para mantener el índice de natalidad igual o en exceso de un elevado índice de mortalidad. A pesar del descenso de los índices de mortalidad durante el último siglo y medio, los incentivos tendieron a mantenerse intactos, porque la estructura social

(especialmente por lo que respecta a la familia) cambió poco. Cuando mucho, particularmente en las sociedades industriales, los niños se hicieron menos productivos y más costosos.⁵² En las sociedades agrarias actuales, en que el descenso del índice de mortalidad ha sido más reciente, precipitado, e independiente de los cambios sociales,⁵³ la motivación por tener hijos ha cambiado muy poco. Aquí, aun más que en las naciones industrializadas, la familia ha seguido produciendo hijos, a pesar de que ahora sólo se necesita una fracción de estos hijos.

Es obvio que, si se ha de prevenir el crecimiento excesivo de la población, será necesario imponer, de alguna manera, límites a la familia. Sin embargo, debido a que los papeles familiares son reforzados por el sistema de recompensas, castigos, sentimientos y normas de la sociedad, cualquier propuesta de disminuir la posición de la familia es vista como una amenaza lo mismo por conservadores como liberales, y ciertamente por personas con suficiente responsabilidad social para trabajar a favor del control demográfico. A uno se le acusa de tratar de "abolir" la familia, pero lo que se necesita es una reestructuración selectiva de la familia en relación con el resto de la sociedad.

Las líneas de tal reestructuración son sugeridas por dos limitaciones ya existentes de la fecundidad. i) Casi todas las sociedades logran desalentar en forma drástica la reproducción entre mujeres solteras. ii) Las sociedades avanzadas reducen involuntariamente la reproducción entre mujeres casadas cuando las condiciones se empeoran de tal modo que el tener hijos representa una carga más pesada que antes. En ambos casos las causas son económicas y de motivación más bien que tecnológicas.

Sigue que la política del control demográfico puede restarle énfasis a la familia de dos maneras: i) al mantener los controles ya impuestos sobre la procreación de hijos ilegítimos, a la vez que de explotar al máximo los factores que llevan a las personas a aplazar o evitar el matrimonio, y ii) al instituir condiciones que estimulan a los que se casan a limitar el tamaño de sus familias.

Aplazamiento del Matrimonio

Ya que el período de reproducción de la mujer es breve y generalmente más fecundo en la primera mitad que en la segunda, el aplazamiento del matrimonio hasta más allá de los 20 años tiende biológicamen-

⁵² K. Davis, *Population Index*, 29 (1963):345. Para la teoría económica y sociológica de la motivación por tener hijos, véase J. Blake (en preparación).

⁵³ K. Davis, *Amer. Economic Review*, 46 (1956):305; *Scientific American*, 209 (1963):68.

te a reducir los nacimientos. Sociológicamente, da a las mujeres tiempo de obtener una mejor educación, adquirir intereses no relacionados con la familia, y desarrollar una actitud cautelosa con respecto al embarazo.⁵⁴ Las personas que no se han casado antes de los 27 ó 29 años, a menudo no se casan nunca. Por estas razones, para el mundo en general, el promedio de edad en que se casan las mujeres se asocia en forma negativa con el índice de natalidad: el aumento de la edad del casamiento es una causa frecuente de fecundidad menguante durante la fase intermedia de la transición demográfica; y, en la última fase, el auge de los nacimientos se asocia generalmente con el regreso a los matrimonios entre personas más jóvenes.

Cualquier sugerencia de que la edad del casamiento habría de aumentarse como parte de una política demográfica suele ser contestada por el argumento de que "aun si se adoptase una ley en ese sentido, no se le respetaría". Cosa interesante, esta objeción infiere que la única manera de controlar la edad del casamiento es por medio de legislación directa, pero otros factores deciden la edad real. Generalmente los países católicos siguen la ley canónica que estipula doce años como edad mínima *legal* en que las muchachas pueden casarse, pero la edad real del casamiento en estos países (por lo menos en Europa) suele ser, como promedio, más bien entre 25 y 28 años. La edad real es determinada, no por ley, sino por condiciones sociales y económicas. En sociedades agrarias, el aplazamiento del matrimonio (cuando esto ocurre) es causado aparentemente por dificultades en satisfacer los prerequisites económicos del matrimonio, establecidos por costumbre y opinión. En sociedades industriales es causado por escasez de viviendas, desempleo, la obligación del servicio militar en el extranjero, elevados costos de la educación, e insuficiencias de los servicios de consumo. Ya que casi ninguna investigación ha sido dedicada al tema, es difícil de evaluar el peso relativo de los factores que deciden la edad del casamiento.

Fomento de la Limitación de los Nacimientos dentro del Matrimonio

Como medio de fomentar la limitación de la reproducción dentro del matrimonio, al igual que el aplazamiento del mismo, es probable que ayudaría el otorgamiento de mayores recompensas para papeles familiares que para los familiares. Un modo sencillo de lograr esto sería de permitir que se confiriesen ventajas económicas a las personas solteras más bien que a las casadas, y a las familias pequeñas más bien que a las

⁵⁴ J. Blake, *World Population Conference, Belgrado, 1965* (vol. 2), Nueva York: Naciones Unidas, 1967, pp. 132-36.

grandes. Por ejemplo, el gobierno podría pagar a las personas que se sometieran a la esterilización;⁵⁵ podría pagar todos los costos del aborto; podría cobrar una suma cuantiosa por una licencia matrimonial; se podría imponer un impuesto por cada hijo;⁵⁶ y se podría exigir que los embarazos ilícitos se abortaran. En forma menos radical, los gobiernos podrían simplemente invertir las políticas existentes que fomentan la procreación. Podrían, por ejemplo, dejar de imponer impuestos más elevados a las personas solteras que a las casadas; dejar de conceder exenciones impositivas especiales a los padres de familia; abandonar la política impositiva que discrimina contra las parejas cuando la esposa trabaja; reducir las licencias de maternidad pagadas; reducir las pensiones familiares;⁵⁷ dejar de otorgar las viviendas subvencionadas con base en el tamaño de la familia; dejar de otorgar becas y otros subsidios educativos (incluso las pensiones especiales para esposas e hijos) a estudiantes casados; cancelar la legislación que prohíbe el aborto y la esterilización; y relajar reglamentos que sólo permiten el uso de anticonceptivos inofensivos mediante receta médica. Algunas de estas inversiones de política serían benéficas en otros sentidos aparte del control demográfico, y algunas serían dañinas si no se tomaran precauciones especiales. Su finalidad sería la reducción del número, no de la calidad, de la siguiente generación.

Un método estrechamente relacionado de restarle énfasis a la familia sería la modificación del carácter complementario de los papeles de hombres y mujeres. Actualmente los hombres pueden participar en el mundo más amplio a la vez que disfrutan de la satisfacción de tener varios hijos, porque el cuidado del hogar y de los hijos pesa principalmente sobre sus esposas. Las mujeres son llevadas a buscar este papel por su noción idealizada del matrimonio y la maternidad, reforzada ya sea por la escasez de papeles alternativos o bien por la dificultad de combinarlos con los papeles familiares. A fin de cambiar esta situación, se podría exigir que las mujeres trabajen fuera del hogar o impulsarlas a hacerlo por las circunstancias. Si, a la vez, se pagara lo mismo a las mujeres que a los hombres y se les dieran las mismas oportunidades educativas y vocacionales, y si la vida social se organizara alrededor del lugar de trabajo en lugar del hogar o el barrio, muchas mujeres desarro-

⁵⁵ S. Enke, *Rev. Economics Statistics*, 42 (1960):175; *Econ. Develop. Cult. Change*, 8 (1960):339; *Ibid.*, 10 (1962):427; A. O. Krueger y L. A. Sjaastad, *Ibid.*, p. 423.

⁵⁶ T. S. Samuel, *J. Family Welfare India*, 13 (1966):12.

⁵⁷ Sesenta y dos países, entre ellos 27 en Europa, conceden pagos en efectivo a la gente por tener hijos (U. S. Social Security Administration, *Social Security Programs Throughout the World*, 1967, Government Printing Office, Washington, D. C., 1967, pp. xxvii-xxviii).

llarían intereses que competirían con los intereses familiares. Una política aproximadamente igual a ésta es seguida actualmente en varios países comunistas, y aun los menos desarrollados de ellos tienen ahora índices de natalidad extremadamente bajos.⁵⁸

Comparaciones regionales indican que la inclusión de las mujeres en la fuerza de trabajo tiene un efecto negativo en la reproducción.⁵⁹ Pero en la mayoría de los países el empleo de la mujer está subordinado, económica y emocionalmente, a su papel familiar, y se sacrifica fácilmente por este último. Ninguna sociedad ha reestructurado tanto el sistema de trabajo como el arreglo doméstico al punto de modificar en forma permanente la vieja división del trabajo de acuerdo con el sexo.

En cualquier esfuerzo premeditado por controlar el índice de natalidad de este modo, un gobierno tiene dos instrumentos poderosos —su dominio de la planeación económica y su autoridad (real o potencial) en la educación. El primero determina (hasta donde lo puede hacer una política) las condiciones y circunstancias económicas que afectan las vidas de todos los ciudadanos; la última proporciona los conocimientos y las actitudes necesarios para llevar a cabo los proyectos. El sistema económico determina en gran parte quién trabaja, lo que se puede comprar, cuánto cuesta la crianza de los hijos, cuánto pueden gastar los individuos. Las escuelas definen los papeles familiares y desarrollan intereses vocacionales y recreativos; podrían, si así se deseara, redefinir los papeles de los sexos, desarrollar intereses que trascienden el hogar, y transmitir conocimientos realistas (en oposición a los moralistas) acerca del matrimonio, la conducta sexual, y los problemas demográficos. Cuando el problema se examina desde este punto de vista, está claro que los ministerios de economía y educación, y no el ministerio de salubridad, habrían de ser las fuentes de la política demográfica.

El Dilema de la Política Demográfica

Debería estar aparente ahora por qué, a pesar de una grave preocupación por el crecimiento irrefrenado de la población, los programas reales que pretenden controlarlo se limitan a la planeación familiar y, por consiguiente, son inefectivos. i) El objetivo de cero crecimiento demo-

⁵⁸ Los promedios de los índices de reproducción brutos a principios del decenio de 1960 fueron los siguientes: Hungría, 0.91; Bulgaria, 1.09; Rumanía, 1.15; Yugoslavia, 1.32.

⁵⁹ J. Blake, en M. C. Sheps y J. C. Ridley, *op. cit.*, p. 1195; O. A. Collver y E. Langlois, *Econ. Develop. Cult. Change*, 10 (1962):367; J. Weeks, en preparación.

gráfico, o hasta de un crecimiento muy leve, es uno que las naciones y los grupos encuentran difícil de aceptar. ii) Las medidas que se requerirían a fin de lograr tal objetivo, aunque no tan revolucionarias como las de un *Brave New World* o de una Utopía Comunista, tienden, no obstante, a ofender a la mayoría de las personas educadas en las sociedades existentes. Como consecuencia, el objetivo del llamado control demográfico es implícito e impreciso; el método es sólo planeación familiar. Este método, lejos de restarle énfasis a la familia, es familístico. Uno de sus objetivos declarados es el de ayudar a las parejas estériles a *tener* hijos. Hace hincapié en las aspiraciones y responsabilidades de la paternidad. Acepta la mayoría de los aspectos de la moralidad convencional, como son la condenación del aborto, la desaprobación de las relaciones sexuales prematrimoniales, el respeto de las enseñanzas religiosas y los tabúes culturales, y el acatamiento de la autoridad médica y clerical. Desvía la hostilidad al rehusar recomendar cualquier cambio aparte del que representa: la disponibilidad de anticonceptivos.

Las cosas que hacen que la planeación familiar sea aceptable son las mismas que la hacen inefectiva para el control demográfico. Al hacer hincapié en el derecho de los padres a tener el número de hijos que desean, evade la cuestión básica de la política demográfica, que es cómo dar a las sociedades el número de niños que necesitan. Al ofrecer sólo los medios para que *las parejas* controlen la fecundidad, descuida los medios para que la sociedad haga lo mismo.

Debido al carácter preponderantemente pro-familia de las sociedades existentes, el interés individual suele resultar en la producción de una progenie suficientemente numerosa para constituir un rápido crecimiento demográfico bajo condiciones de baja mortalidad. Los hogares sin hijos o con un solo hijo se consideran pruebas del fracaso personal, en tanto que el tener de tres a cinco hijos vivos da a la familia un sentimiento de continuidad y solidez.⁶⁰

Dado el deseo existente de tener familias de tamaño módico más bien que pequeño, los únicos países en que la fecundidad se ha reducido a la par con la reducción de la mortalidad son unos países avanzados que están experimentando temporalmente condiciones económicas empeoradas. En Suecia, por ejemplo, el índice de reproducción neto (IRN) está por debajo del nivel de sustitución desde hace 34 años (1930-63), si el período se considera en su totalidad, pero esto se debe a la depresión

⁶⁰ Los libros de texto católicos condenan la familia "pequeña" (con menos de cuatro hijos), que califican de anormal (J. Blake, *Population Studies*, 20 (1966):27).

económica. El índice de sustitución promediado estaba por debajo de la unidad ($IRN = 0.81$) durante el período 1930-42, pero de 1942 a 1963 estaba arriba de la unidad ($IRN = 1.08$). Unas penalidades que parecen contribuir particularmente al descenso deliberado del índice de natalidad son (en economías dirigidas) la escasez de viviendas y de otros bienes de consumo a pesar del empleo total y la elevada participación obligatoria de las mujeres en la fuerza de trabajo, o (en economías más libres) mucho desempleo e inseguridad económica. Cuando las condiciones son buenas, cualquier nación tiende a tener una población creciente.

Sigue que, en países en que se emplea el anticoncepcionismo, una propuesta realista para una política gubernamental de reducción del índice de natalidad se antoja un catálogo de horrores: oprimir a los consumidores por medio de impuestos e inflación; hacer que la vivienda sea muy escasa al limitar la construcción; obligar a las esposas y madres a trabajar fuera del hogar a fin de remediar a la insuficiencia de los salarios masculinos, a la vez que de proporcionar pocas instalaciones para el cuidado de los niños; fomentar la migración a la ciudad pagando bajos salarios en el campo y proporcionando pocos empleos rurales; incrementar el congestionamiento en las ciudades negándole recursos al sistema de tránsito; aumentar la inseguridad personal por el fomento de condiciones que producen desempleo y por detenciones políticas fortuitas. Ningún gobierno instituirá tales penalidades simplemente con el fin de controlar el crecimiento demográfico. Claramente, pues, la tarea de la política demográfica contemporánea es la de desarrollar sustitutos atractivos a los intereses familiares, a fin de evitar el tener que recurrir a las penalidades como medidas correctivas. Las medidas específicas requeridas para desarrollar tales sustitutos no son fáciles de determinar en ausencia de investigaciones sobre la cuestión.

En suma, el problema demográfico mundial no puede resolverse simulando y forjándose ilusiones. La identificación irreflexiva de la planeación familiar con el control demográfico es una táctica de avestruz en que permite que la gente esconda de sí misma las dimensiones descomunales y el carácter anticonvencional de la tarea. No hay motivo por abandonar los programas de planeación familiar; el anticoncepcionismo es un instrumento tecnológico valioso. Pero tales programas deben ser suplementados por inversiones iguales o mayores en investigación y experimentación a fin de determinar las medidas socio-económicas requeridas.⁶¹

⁶¹ Las lecturas y discusiones críticas de Judith Blake contribuyeron mucho a la preparación de este artículo.